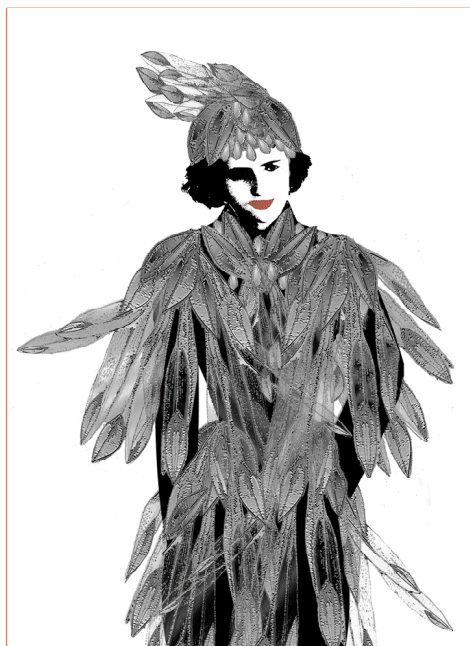


*N*IKOLAI LESKOV

El pavo real





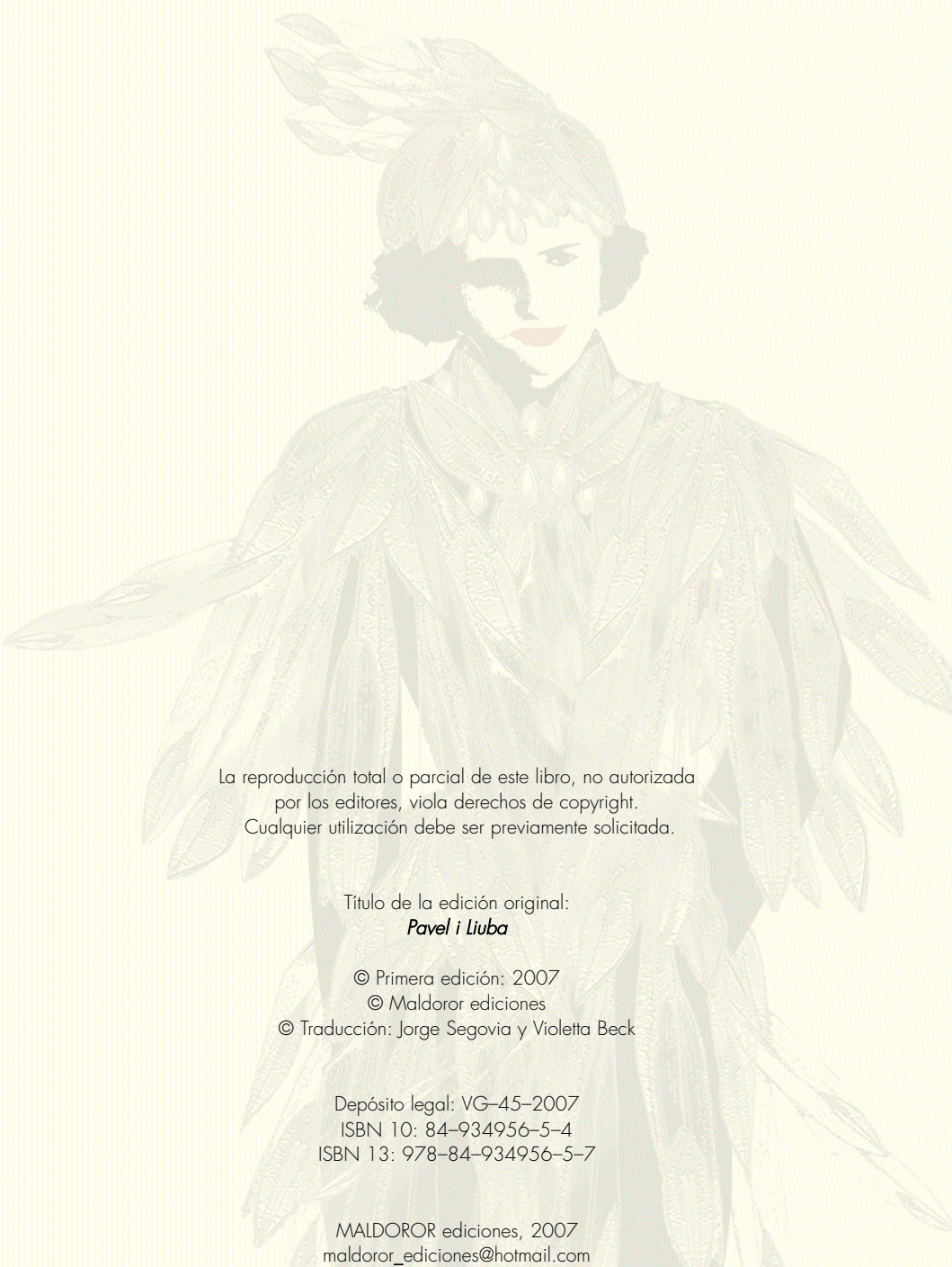
A woman is depicted from the waist up, wearing an elaborate costume made of numerous feathers. The feathers are layered and extend outwards, creating a large, wing-like structure. She has a matching feathered headpiece. Her face is partially visible, showing dark eye makeup and a slight smile. The background is a plain, light color.

NIKOLAI LESKOV

EL PAVO REAL

Traducción:
Jorge Segovia y Violetta Beck

MALDOROR ediciones



La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Pavel i Liuba

© Primera edición: 2007

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

Depósito legal: VG-45-2007

ISBN 10: 84-934956-5-4

ISBN 13: 978-84-934956-5-7

MALDOROR ediciones, 2007
maldoror_ediciones@hotmail.com

A person is shown from the waist up, wearing an elaborate costume made of many long, dark feathers. The feathers are layered and extend outwards from the shoulders and down the front. The person has a serious expression and is looking slightly to the right. The background is a plain, light color. The text 'EL PAVO REAL' is written in a purple, serif font across the middle of the image, partially overlapping the person's face and chest.

EL PAVO REAL

He sido cómplice de una pequeña falta a la severa disciplina del monasterio de Valaam¹. En este roquedal austero no gustan los paseos ociosos: por donde quiera que llegue el viajero y por fuerte que sea su deseo de conocer la isla, no puede disfrutar de ese inmenso placer, y digo bien *inmenso*, pues en verdad, el lugar es magnífico y sus paisajes sublimes. En Valaam el peregrino está sometido a la regla de la estricta *observancia*: debe ir a la iglesia, rezar, comer en el refectorio, después trabajar y finalmente descansar. Aquí el propósito no es el de deambular o contemplar el sitio. Aunque yo he podido, en compañía de tres hombres y dos damas, recorrer en una noche la isla entera y grabar para siempre en mi memoria el admirable cuadro que ofrecen, a las pálidas luces del verano septentrional, los salvajes roquedales, los sombríos macizos y las tranquilas ermitas de este monte Athos ruso. Paz y silencio, estas ermitas son de una singular belleza, especialmente la de san Juan Bautista, en el islote de Sernichan. Aquí viven los anacoretas a los que el rigor de la regla común de Valaam les parece insuficiente: ellos se retiran a este lugar donde los superiores del refugio protegen su quietud de cualquier incursión profana. Aquí los hombres que encienden sus velas bajo los iconos están muertos para el mundo, pero sin descansar rezan por el mundo; aquí todo es verdor perpetuo, recogimiento y elevación del alma.

Ignorando a donde llevaban los senderos, avanzamos hasta el estrecho que separa Sernichan de la isla principal y, maravillados por los espesos helechos que invadían nuestro pequeño valle, nos tomamos un descanso. Nos pusimos a hablar de los hombres que han escogido este perdido retiro para llevar aquí una vida de fervor y contemplación.

Uno de nuestros compañeros dijo:

“¿Cuáles son esos hombres, cuál debe ser su coraje y su pasado para venir aquí a enterrarse vivos? Me siento obligado a pensar que se trata de titanes y paladines caballeros del espíritu.

– Si, tiene usted razón –respondió otro–, son paladines, pero paladines cuyo despojamiento hace su fuerza. Son las semillas que han germinado y crecen.

– ¿Y antes de que germinaran?”

Respondió con una sonrisa:

“Antes de germinar... marchaban a la orilla de los caminos, se secaban bajo los espinos y morían, como usted y yo, y el mundo entero, hasta el día en que el viento se apoderó de eso y los empujó a una tierra fértil.

– De entenderos, podemos decir entonces que usted conoció a uno de esos que han tenido el valor de enterrarse en esta soledad.

– En efecto, me parece haber conocido a un hombre así.

– ¿Era inteligente?

– Sí.

– ¿Y dotado de razón?

– Hum... ¡sí! Sabe, me guardaré de juzgarlo, pero yo he amado y honrado mucho su memoria.

– ¿Porque ha muerto?

– Sí.

– ¿Aquí?

– A dos pasos de aquí –respondió él con una nueva y discreta sonrisa.

– La vida de un hombre así aún excita vivamente mi curiosidad.

– La mía también, la mía también –replicaron los demás.”

Las damas aún estaban más ávidas que los hombres,

y una de ellas, una bella rubia de ojos negros, se dirigió así a nuestro compañero:

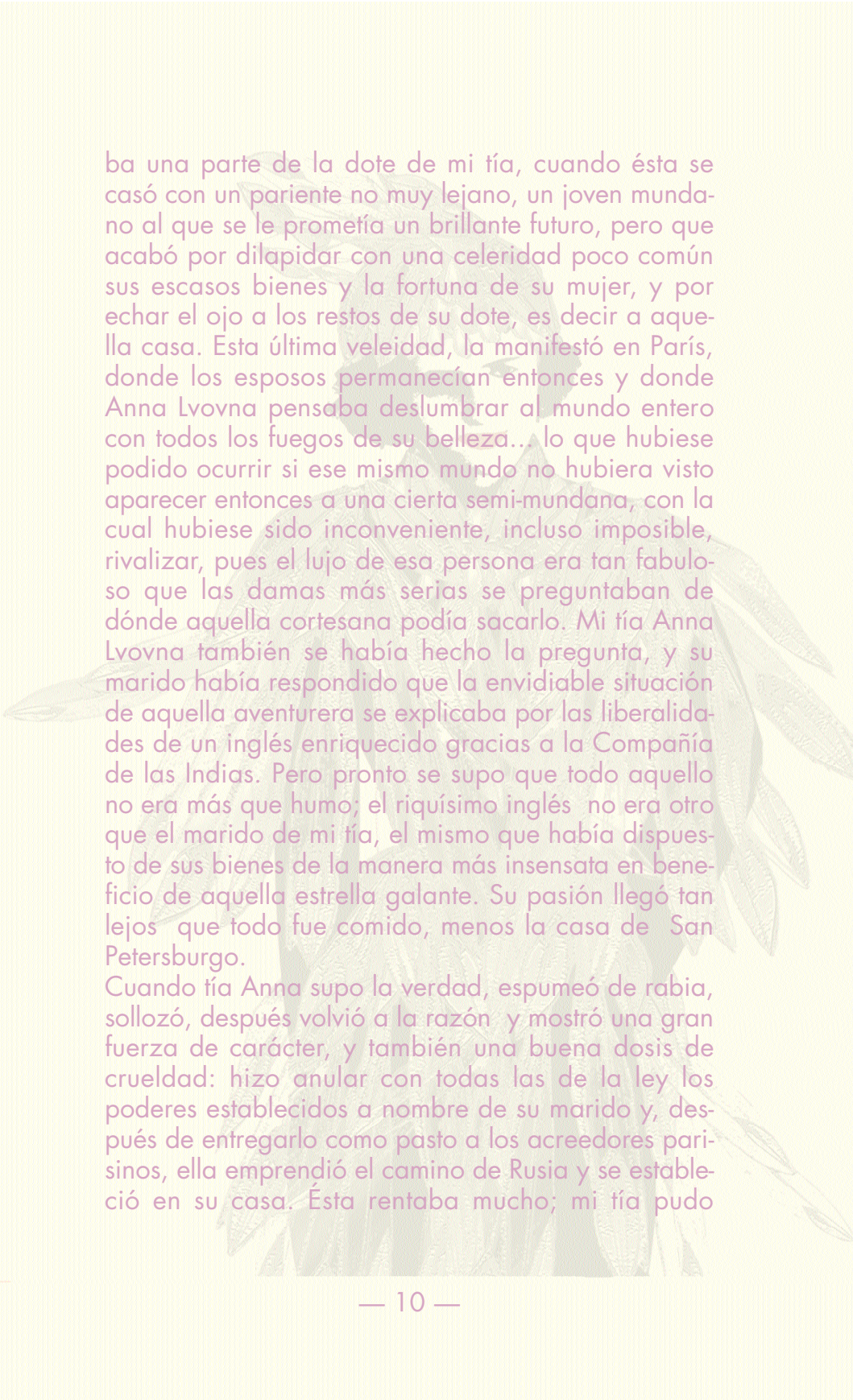
– De seguro, señor, que le quedaremos muy agradecidos si contase la historia de ese ermitaño aquí mismo, en estas espesuras en las que hemos caído de manera imprevista.”

La otra dama y las demás personas se sumaron a aquella petición, y aquél a quien ella se dirigía acabó dando su aquiescencia y comenzó.

I.

Hace de esto una veintena de años, cuando yo era alumno en un liceo de San Petersburgo, vivía con mi difunta madre y su hermana Olga Petrovna, mi tía, pues, en la casa de mi otra tía –por el lado paterno–, una mujer rica. Ella ya no es de este mundo, pero no daré su verdadero nombre. La llamaremos Anna Lvovna. Su casa, que aún sigue en pie, era por la época una imponente construcción de aquella calle, pero hoy es una de las más pequeñas. Enormes y recientes edificios la han ocultado y ya no es tan llamativa como antaño.

He comenzado mi relato no por las gentes, sino por la casa: debo entonces ser consecuente y decirnos qué casa era. Pues bien, era una casa horrible, horrible por muchas razones. De piedra, con tres pisos y tres patios que se comunicaban entre sí; por todas partes estaba constituida de cuerpos de edificio idénticos. Su aspecto sombrío, gris, casi carcelario, producía una impresión realmente penosa. La casa representa-



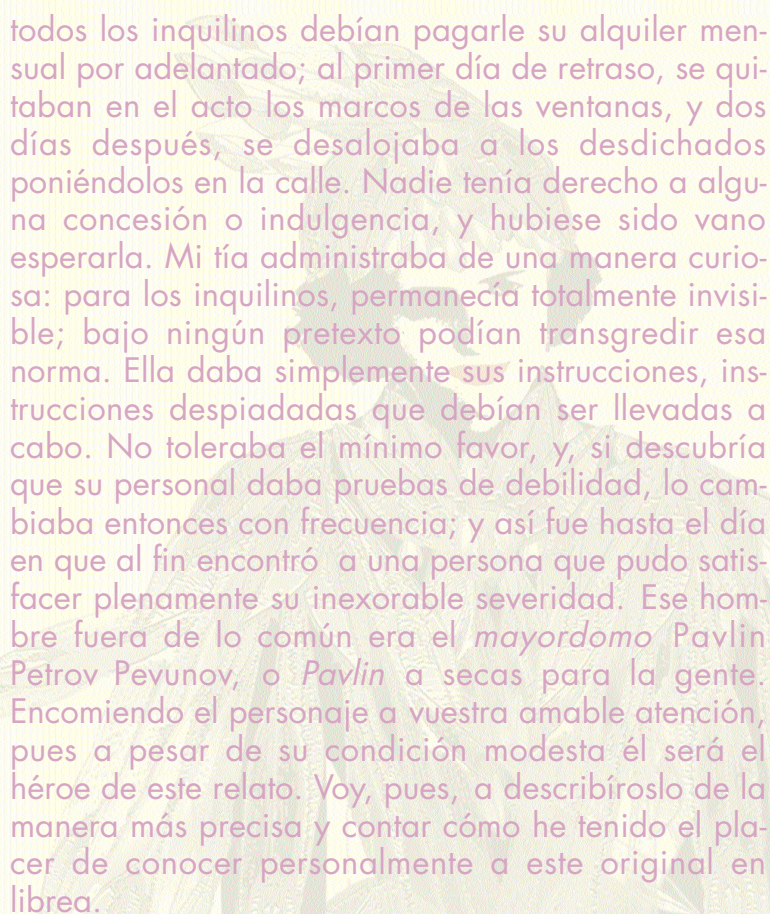
ba una parte de la dote de mi tía, cuando ésta se casó con un pariente no muy lejano, un joven mundano al que se le prometía un brillante futuro, pero que acabó por dilapidar con una celeridad poco común sus escasos bienes y la fortuna de su mujer, y por echar el ojo a los restos de su dote, es decir a aquella casa. Esta última veleidad, la manifestó en París, donde los esposos permanecían entonces y donde Anna Lvovna pensaba deslumbrar al mundo entero con todos los fuegos de su belleza... lo que hubiese podido ocurrir si ese mismo mundo no hubiera visto aparecer entonces a una cierta semi-mundana, con la cual hubiese sido inconveniente, incluso imposible, rivalizar, pues el lujo de esa persona era tan fabuloso que las damas más serias se preguntaban de dónde aquella cortesana podía sacarlo. Mi tía Anna Lvovna también se había hecho la pregunta, y su marido había respondido que la envidiable situación de aquella aventurera se explicaba por las liberalidades de un inglés enriquecido gracias a la Compañía de las Indias. Pero pronto se supo que todo aquello no era más que humo; el riquísimo inglés no era otro que el marido de mi tía, el mismo que había dispuesto de sus bienes de la manera más insensata en beneficio de aquella estrella galante. Su pasión llegó tan lejos que todo fue comido, menos la casa de San Petersburgo.

Cuando tía Anna supo la verdad, espumeó de rabia, sollozó, después volvió a la razón y mostró una gran fuerza de carácter, y también una buena dosis de crueldad: hizo anular con todas las de la ley los poderes establecidos a nombre de su marido y, después de entregarlo como pasto a los acreedores parisinos, ella emprendió el camino de Rusia y se estableció en su casa. Ésta rentaba mucho; mi tía pudo

entonces vivir a su gusto y educar a su hijo Woldemar, llamado familiarmente Dodia. No le enviaba nada a su marido y jamás hablaba de él; éste se pudría en alguna parte en el extranjero y acabó por desaparecer en la oscuridad más total. Algunos decían que habría muerto tras ser encarcelado por deudas; para otros, trabajaría como crupier en una casa de juegos. Pero poco importa.

En la época en que yo la conocí, tía Anna debía tener cuarenta y cinco años; ella conservaba los rasgos de esa belleza cierta, pero hosca, seca y dura, que es el atributo del "bello mundo" ruso. Anna Lvovna ocupaba en su casa la mitad del primer piso. Era un amplio apartamento que permitía vivir como convenía a la gran dama, a la dama seria y severa que era a los ojos de muchas personas bien situadas que iban a visitarla. Ella se aprovechaba de su situación para darse importancia de tal manera que compadecían en ella a la viuda desvalida y sin defensa... y ella llevaba su barca a la perfección. Gracias a sus relaciones y su habilidad, la educación de su hijo no le costaba nada; además, supo conseguir un subsidio muy confortable como víctima de una "desgracia sin precedente". Ella ahorraba los ingresos de la casa.

Anna Lvovna era una mujer muy interesada y, a decir verdad, desprovista de corazón, algo que podéis deducir, creo, de su actitud hacia su marido, que no consiguió jamás ni el perdón ni el menor céntimo para aliviar su miseria. En la casa ella hacía temblar a todo el mundo. Yo lo sabía muy bien, pues en el ala donde yo vivía disponía de todo mi tiempo para observar cómo las gentes la consideraban. No tenía administrador y dirigía ella misma la casa, como dueña intransigente y sin piedad. La norma era que



todos los inquilinos debían pagarle su alquiler mensual por adelantado; al primer día de retraso, se quitaban en el acto los marcos de las ventanas, y dos días después, se desalojaba a los desdichados poniéndolos en la calle. Nadie tenía derecho a alguna concesión o indulgencia, y hubiese sido vano esperarla. Mi tía administraba de una manera curiosa: para los inquilinos, permanecía totalmente invisible; bajo ningún pretexto podían transgredir esa norma. Ella daba simplemente sus instrucciones, instrucciones despiadadas que debían ser llevadas a cabo. No toleraba el mínimo favor, y, si descubría que su personal daba pruebas de debilidad, lo cambiaba entonces con frecuencia; y así fue hasta el día en que al fin encontró a una persona que pudo satisfacer plenamente su inexorable severidad. Ese hombre fuera de lo común era el *mayordomo* Pavlin Petrov Pevunov, o *Pavlin* a secas para la gente. Encomiendo el personaje a vuestra amable atención, pues a pesar de su condición modesta él será el héroe de este relato. Voy, pues, a describíroslo de la manera más precisa y contar cómo he tenido el placer de conocer personalmente a este original en librea.

II

Cuando mi madre y yo nos instalamos en un pequeño apartamento del segundo patio, Pavlin Pevunov oficiaba desde hacía ya seis años en calidad de

mayordomo. Se le consideraba como el más fiel servidor de Anna Lvovna; su brazo derecho, como suele decirse. La confianza total que ella le otorgaba y sobre todo su permanencia en el puesto desde hacía años, cuando antes otros habían fracasado, favorecían en la casa los rumores más absurdos, levantados sobre necedades, especialmente la opinión tan extendida de que Pavlin era un hombre bello. ¿Cómo era, pues, en la época en que yo lo conocí?

Era un hombre de unos cuarenta años, alto, sólido y un físico agradable, tenía cabellos rubios, unos grandes y bellos ojos grises, una frente inteligente, un rostro marcado por una extraña gravedad, dignidad en los gestos y una pose que sorprendía por su donaire. Con seguridad, en ninguna otra capital de Europa había un mayordomo tan imponente como Pavlin. Creo que lo hubiese sido aún más con una librea de un rango superior al suyo: sin embargo aquella de mayordomo, de muchos colores, le sentaba de maravilla. Con su traje azul celeste realzado de galones, el amplio fajín adornado, el tricornio, el bastón de empuñadura dorada en la mano, Pavlin llevaba bien su nombre²: elegante como era, podía rivalizar con el más bello ejemplar del apuesto pájaro que Juno protegió de los ojos de Argos. Por su prestancia, Pavlin hubiera podido servir en los grandes clubs o las más brillantes embajadas, pero esa no era en absoluto su ambición. Servía, pues, en la casa relativamente modesta y burguesa de mi tía. Era su primer puesto en San Petersburgo, y no tenía por principio cambiar a la ligera. Él no recibía ningún trato especial de Anna Lvovna, y, según la costumbre en las casas burguesas, asumía diversos cargos. Era el espía vigilante que le permitía saberlo todo. Su mirada parecía atravesar las paredes de piedra, estaba

al corriente de lo que sucedía en los lugares y recovecos más escondidos, y eso era tanto más asombroso cuando él no tenía absolutamente ninguna relación con los domésticos de la casa. Su aspecto era tan altivo e imponente como su carácter, que estaba henchido de amor propio, de firmeza y hasta de soberbia. Habitaba una pieza que cuidaba con esmero, oculta tras la columnata del vasto hall de entrada donde, sobre un pequeño podio, entre dos columnas, tenía su trono: un viejo sillón negro adornado con un dragón de cobre encima del alto dosal. Desde que Pavlin ocupaba su habitación, nadie había entrado en ella, ni tampoco nadie sabía cómo estaba instalada. Las dos ventanas que daban a la calle estaban siempre cubiertas de muselina y se veían allí algunas macetas. Si por azar alguien echaba un vistazo hacia aquellas ventanas, de noche, cuando la pieza estaba iluminada por la lamparilla de los iconos, podía ver unas paredes muy limpias, recubiertas por una espesa pintura de color añil, y las contraventanas, nada más. La puerta estaba cerrada a cal y canto y la llave no abandonaba jamás el bolsillo de Pavlin. Los importunos que bajo algún pretexto intentaban penetrar allí eran rechazados de la manera más firme y sin ceremonia, aunque finalmente ya nadie se arriesgaba a hacerlo. Era imposible saber lo que Pavlin guardaba en su habitación perpetuamente cerrada, pero como había que encontrar una explicación, el comité que se había constituido en la casa para vigilar sus actos y gestos descubrió que era muy ahorrativo, sobrio a la mesa, y que no bebía más que agua o leche; el comité declaró entonces que él era "molokan"³. Eso le agradó a todo el mundo y colmó a los curiosos que daban por cierto que Pavlin estaba "infatuado de religión".

A toda majadería su parte de verdad: Pavlin, efectivamente, era arrogante y altivo, no admitía la menor familiaridad por parte de los domésticos. Era comprensible: había sido colocado en ese medio de gentes con las cuáles no tenía ninguna afinidad ni de espíritu ni de carácter.

Se sabían pocas cosas de su pasado. Procedería de una familia de siervos; había sido mayordomo en casa de un alto personaje a quien, hace cinco años, habría abonado un millar de rublos de plata para liberar una sola alma, orgullosa y severa: la suya. Pero la gente le daba poco crédito a esos rumores y prefería una pura fábula: Pavlin habría asaltado un correo y matado a seis carteros, después se habría procurado papeles falsos, que le permitieron trabajar como mayordomo; guardaría en su habitación cerrada el fabuloso botín robado en el correo. Evidentemente, esas habladurías se decían a escondidas. Pavlin, por su parte, no hablaba nunca de su historia. Él llevaba una vida monótona, ajustada como un reloj. Por la mañana temprano aparecía en la entrada, que barría, y después se retiraba a su habitación para tomar café o té que preparaba con un pequeño y especial samovar, cuyo sistema y tipo de caldera eran un secreto que, extrañamente, picaba la curiosidad de todos. Después, Pavlin, en sencilla librea, subía por la escalera a casa de mi tía. Allí, hablaban o trataban sobre temas de los que nadie sabía nada seguro, lo que también provocaba increíbles habladurías. La entrevista duraba cerca de una hora, después Pavlin volvía a aparecer en la escalera, llevando en sus manos el registro de los inquilinos que dejaba sobre una mesa recubierta de hule, se pasaba la bufanda, cogía su bastón y abría las puertas del hall. Tras esta ceremonia, se sentaba en el

cómodo sillón de tafilete rojo y se ponía a leer el registro, tomando notas en un cuaderno. Eso le ocupaba casi hasta las diez. Al filo de las diez, apoyaba su bastón contra una columna, reemplazaba por un gorro con galones su tricornio, y, con ese medio uniforme, salía al patio; al pasar golpeaba, sin decir una palabra, a la puerta de los conserjes; a esa señal aparecían dos fuertes mozos, uno con un hacha, el otro con un martillo y tenazas; hacían una reverencia ante Pavlin que les devolvía el saludo en silencio y proseguía su camino. Los conserjes equipados con los instrumentos lo seguían a respetuosa distancia. Pavlin dirigía sus pasos allí donde el registro que tenía abierto en sus manos le decía de ir. No conseguiré sin duda restituirlos ni una mínima parte del efecto producido sobre las gentes de la casa por aquel cortejo matutino de Pavlin seguido de sus dos lictores. De todas las ventanas de las largas alas del patio interior, ocupadas por inquilinos pobres, Pavlin era el blanco de miradas ora malévolas ora despreciativas, y a menudo ansiosas; frecuentemente lanzaban a su espalda insultos y acerbos pullas, pero sobre todo maldiciones y súplicas. Pavlin permanecía de piedra; seguía su curso como un planeta intruso trazando su propia revolución en medio de astros censados, y él no dejaba ver ni ira ni piedad. La procesión significaba que Pavlin reclamaba el alquiler mensual de los inquilinos pobres que vivían en los apartamentos divididos por mamparas, una vez transformadas por mi tía de esa manera todas las alas interiores. Ella había calculado, en efecto, que era más jugoso dividir los grandes apartamentos en pequeños, alquilados a las personas pobres, que eran más numerosas que las ricas, y que no exigen ni buen gusto ni siquiera limpieza. ¿Pero por qué un

despliegue tan aterrador? Sigamos al mayordomo que sube en compañía de sus asistentes las estrechas y oscuras escaleras. Helo ahí entonces deteniéndose en la vivienda designada y golpeando a la puerta; se toman su tiempo antes de abrir, pero él es paciente y sabe esperar; oye murmullos, pasos apresurados, esconden cosas, lloran, pero él sigue allí, vuelve a llamar, no demasiado fuerte, pero tan impresionante que ya no es posible no abrir, y la puerta acaba abriéndose de buena o mala gana. Pavlin se quitó la gorra y entró tranquilamente con su registro mientras que sus asistentes lo esperaban en el rellano. Si sale tres o cuatro minutos más tarde, lo veréis con toda seguridad deslizar algo en el amplio reverso de su abigarrada librea. Oculta ahí el dinero adeudado a su ama, después se dirige a otro apartamento donde también deben pagar: el alquiler de un mes por adelantado. Los conserjes siguen sus pasos, con el hacha y las tenazas, esperando sus *instrucciones*. Todos las conocen y rezan a Dios que las mismas no sean aplicadas. ¿Pero de qué se trata? Pues bien, mirad: Pavlin no ha deslizado nada en su reverso al salir de la vivienda; sencillamente hizo una señal con la cabeza e inmediatamente se vio en una de las ventanas a los dos obreros de Pavlin; el hacha y las tenazas trabajaban a una velocidad loca, el marco de la ventana es arrancado, y por el agujero abierto se oye gritar a una mujer y llorar a los niños. Por su parte, Pavlin prosigue su curso y eso se salda todavía, acá o allá, por el levantamiento de una ventana...

De nuevo, gritos y lloros, el agradable calor de la vivienda escapa por la brecha en una bocanada, a pesar de los esfuerzos de las pobres gentes congeladas para retenerlo con los pingajos que atan a mangos y escobas...

Cuanto más avanzan hacia el fondo de los patios y sube los pisos, las espantosas órdenes de Pavlin se hacen más frecuentes. Iba a decir “y enérgicas”, pero en él nada se hace sin energía.

Después de haber pasado por las puertas donde debía llamar ese día, retomaba su camino en el sentido inverso, seguido de los dos obreros llevando los marcos de las ventanas que él mismo ponía bajo llave en un reducto debajo de la escalera, después se sentaba tranquilamente en su amplio sillón con el dragón de bronce y se ponía a leer *La abeja del Norte* y los demás periódicos recibidos en la casa, que previamente debían pasar por sus manos. Aquella lectura parecía interesarle mucho, pues le dedicaba todos sus momentos libres. Una vez leídos y distribuidos los diarios a los abonados, Pavlin leía libros, lo más a menudo novelas traducidas del francés; como su orgullo le impedía pedir las prestadas, se abonó, pues, a una biblioteca.

Tras esto, debía atender los servicios inherentes a su cargo: acoger a los visitantes, recibir a los inquilinos a los que le había transformado, la misma mañana, las viviendas en neveras.

Si el mal inquilino traía el dinero, Pavlin lo cogía sin decir una palabra y lo registraba, llamaba a los conserjes para que sacasen los marcos del reducto y de nuevo instalasen las ventanas. Si el inquilino venía a protestar, a quejarse o pedir un favor, encontraba aún el silencio, la llamada, los obreros, y era expulsado sin haber obtenido la menor respuesta a su reclamación. He aquí cómo mi tía era servida por su famoso Pavlin, ese mismo personaje al que el destino le reservaba más tarde una mala pasada como todas las que él le había jugado a los habitantes de la casa.

III

Mi madre, su hermana Olga Petrovna que aseguraba mi educación a causa de la mala salud de *maman*⁴, y yo, teníamos un pequeño apartamento que daba al segundo patio. No me acuerdo de la mensualidad del alquiler y me pregunto qué suerte nos habría estado reservada si no la hubiésemos pagado, aunque sólo fuera una vez. Anna Lvovna, tan despiadada hacia el náufrago de su marido, seguramente no hubiese mostrado debilidad hacia su cuñada –mi madre–, que había tenido, Dios sabe por qué, la buena idea de vivir en aquella casa donde de entrada, sufrimos una memorable desventura que fue la ocasión de nuestro primer contacto con Pavlin. La mudanza tuvo lugar en la víspera de Navidad. Aquel era un día glacial y en San Petersburgo la noche cae pronto en esa estación. Además, cuando los carruajes cargados con nuestro pobre mobiliario llegaron al patio, ya era de noche. Maman se encontraba en casa de su cuñada, yo y mi tía, que no soportaba a Anna Lvovna, íbamos de acá para allá en el apartamento vacío. Una vez que los muebles estuvieron allí, *maman* vino para disponerlos a su gusto. Según dijo, fue la misma Anna Lvovna quien le había aconsejado proceder así. Entonces le dijo a los mozos: “¡Traigan los muebles!” Pero los mozos cambiaron miradas de complicidad y Pavlin salió de alguna parte, acompañado de sus dos ayudantes, pertrechados como se sabe.

“¿Qué sucede aquí?”

– El dinero del mes, por favor –dijo Pavlin abriendo el registro bajo las mismas narices de *maman*.

– Está bien, está bien; lo tendrá mañana por la mañana”, –replicó ella con un tono dulce y familiar, al mismo tiempo que apartaba con la mano a Pavlin y su registra. Llamó a los mozos, pero éstos siguieron sin moverse; Pavlin le respondió, con una imperceptible sonrisa que no podía aplazar el asunto hasta el día siguiente y que la suma debía ser entregada en el acto.

Maman tomó aquello como una afrenta. Se sintió tan ofendida que palideció.

Pavlin se había dado cuenta y, aparentemente, aquello le hizo sentirse incómodo. Frunció las cejas y dijo con una punta de irritación:

“¡Madame! Eso es aquí la norma.

– Está bien que tengas esa norma, pero supongo que también tienes el buen sentido de...”

Mi madre, en su arrebato, perdió el hilo de sus palabras.

Pavlin respondió:

“En efecto, señora.

– ¿Tú sabes que Anna Lvovna no me es extraña, que somos allegados?

– Lo sé, señora.

– Pues bien, ya que lo sabes... ¿qué quieres entonces?

– El dinero, señora... Sin lo cual no puedo autorizar que traigan aquí sus cosas.

– ¿Cómo que no puedes autorizarlo? ¿Pretenderás que las dejen fuera esta noche y que durmamos en el suelo?

– No dormirán en el suelo, porque tendrán que abandonar el apartamento; sino ordenaré que quiten las ventanas”, –respondió él y añadió irritado:

“Es la norma en nuestra casa.”

Se oyó un murmullo entre los domésticos y los carreteros que habían hecho la mudanza. Pavlin se man-

tenía impasible bajo el umbral, con el registro en la mano. Maman exclamó:

“Pero esto es ridículo, vengo de estar con Anna Lvovna y no me dijo que no pudiese esperar hasta mañana... Se me hizo tarde en su casa y no tuve tiempo de ir al banco. Pero... ¡pero qué tontería! Y no quiero en absoluto discutir contigo”, –dijo irascible, después añadió que iría en el acto a ver a Anna Lvovna. Pavlin le replicó secamente:

“En vano, señora.

– Pero en fin, señor, ¿por qué me meto en esto?!”

Conmovida, se echó un chal sobre los hombros y corrió a ver a la dueña de la casa. Pavlin, sin abandonar su puesto, le hizo entonces una discreta señal a sus ayudantes y... un minuto más tarde, para nuestra sorpresa, un frío penetrante, que provenía de la habitación destinada a maman, invadía el apartamento. Yo había estado distraído hasta entonces con el abigarrado uniforme de Pavlin, pero pude ver a los obreros levantando los marcos de las ventanas, después a mi madre entrar por el otro lado. Temblando de frío e indignación, dijo en francés:

“¿Sabes, Olga, quién es esta Anna Lvovna? Imagínate: ¡no me ha recibido!”

La animosa tía Olga respondió que ella se lo esperaba.

“Esto es horrible –prosiguió maman–. Estoy segura de que está en casa, no hace ni un cuarto de hora que nos despedimos; pero me dijeron que había salido para el oficio de noche ¿Cómo puede estar en la iglesia, cuando aquí, en su propia casa, ultrajan así a la familia de su marido? ¡Vayámonos de aquí! ¡Que saquen todo fuera, no quiero vivir aquí y no volveré a meter nunca más los pies en esta casa! Vístete y vayamos al hotel. ¡No podría seguir mirando más tiempo a este grosero!”

Tras haber lanzado este último cumplido a Pavlin, maman, muy nerviosa, intentó ponerme mi abrigo de invierno. La confusión iba a más entre los presentes; los conserjes, con las ventanas en la mano, reían para sus adentros; en voz baja, los carreteros decían que estaban impacientes porque les dejaran partir; en la vivienda comenzaba a instalarse el frío. Pavlin seguía inmóvil en su pose severa, su rostro no expresaba la menor emoción. La comparación os parecerá extraña, pero de pronto me hizo pensar en Goethe, de quien conocía la figura, olímpica hasta la frialdad, gracias al grabado que venía en uno de mis libros de niño. Pavlin parecía insensible a los menudos sufrimientos de los hombres; sólo le preocupaba la coherencia armoniosa del deber cumplido.

Pero dejemos estas observaciones personales. No sé como hubiera terminado aquel ridículo engorro –sin duda nos habrían echado–, de no producirse la intervención de tía Olga. Se llevó a maman aparte, y, en francés, consiguió convencerla de que las veleidades no servían para nada, que Anna Lvovna permanecería sorda a cualquier argumento, que, en efecto, ella lo había entendido bien sin que eso la conmoviese.

“Estoy segura que no es ella, sino este zafio –dijo maman recobrando su calma.

– Y yo estoy segura, en cambio, que es *ella* justamente, y no este zafio, como tú dices. Me parece correcto y honesto, pues él ejecuta exactamente lo que debe ejecutar. Eso, yo lo respeto y aprecio.

– ¿Qué hacer? Esto es ridículo, olvidé coger el dinero...

– Lo encontraremos y pagaremos.

– ¿Dónde? A esta hora la banca está cerrada, fuera ya es de noche y no conocemos a nadie (acabábamos de llegar de provincias para instalarnos en San

Petersburgo). No vamos a pedirle prestado a Anna Lvovna para pagarle.

– No, no, no a ella”, –dijo tía Olga que se acercó a Pavlin retirando de sus dedos dos sortijas de diamante y le preguntó:

“¿Puede aceptar esto en prenda hasta pasado mañana? Pasado mañana sacaremos el dinero y desemeñaremos las joyas.

– Señora, debo presentar el dinero a Anna Lvovna ahora”, –le respondió él muy respetuosamente.

El tono de la respuesta demostraba claramente que agradecía a Olga las palabras que sobre él había dicho a mamá.

“Pues bien, envíe a alguien a empeñar estas sortijas a un prestamista.”

Pavlin reflexionó, después hizo una señal a uno de los conserjes y le ordenó satisfacer la petición de Olga con un comerciante que él conocía del que le dijo y repitió el nombre.

Esperando, Pavlin ayudó silenciosamente al otro a colocar los marcos de las ventanas; el obrero regresó con más dinero del que era necesario, Pavlin recibió el importe del alquiler, se inclinó educadamente y salió.

Generosa y llena de buen sentido, dotada también de un excelente y alegre carácter, delicada y espiritual, tía Olga, nada más salir Pavlin, se puso a bromear sobre nuestro reciente engorro y contagió su alegría a todo el mundo, comprendidos los domésticos y los carreteros que, en cada uno de los trayectos con nuestras cosas, no dejaron de tratar a Anna Lvovna de harpía, bruja y otros halagadores nombres.

Una hora después de que hubiesen traído los muebles, la mayor parte de las cosas estaban ya empla-

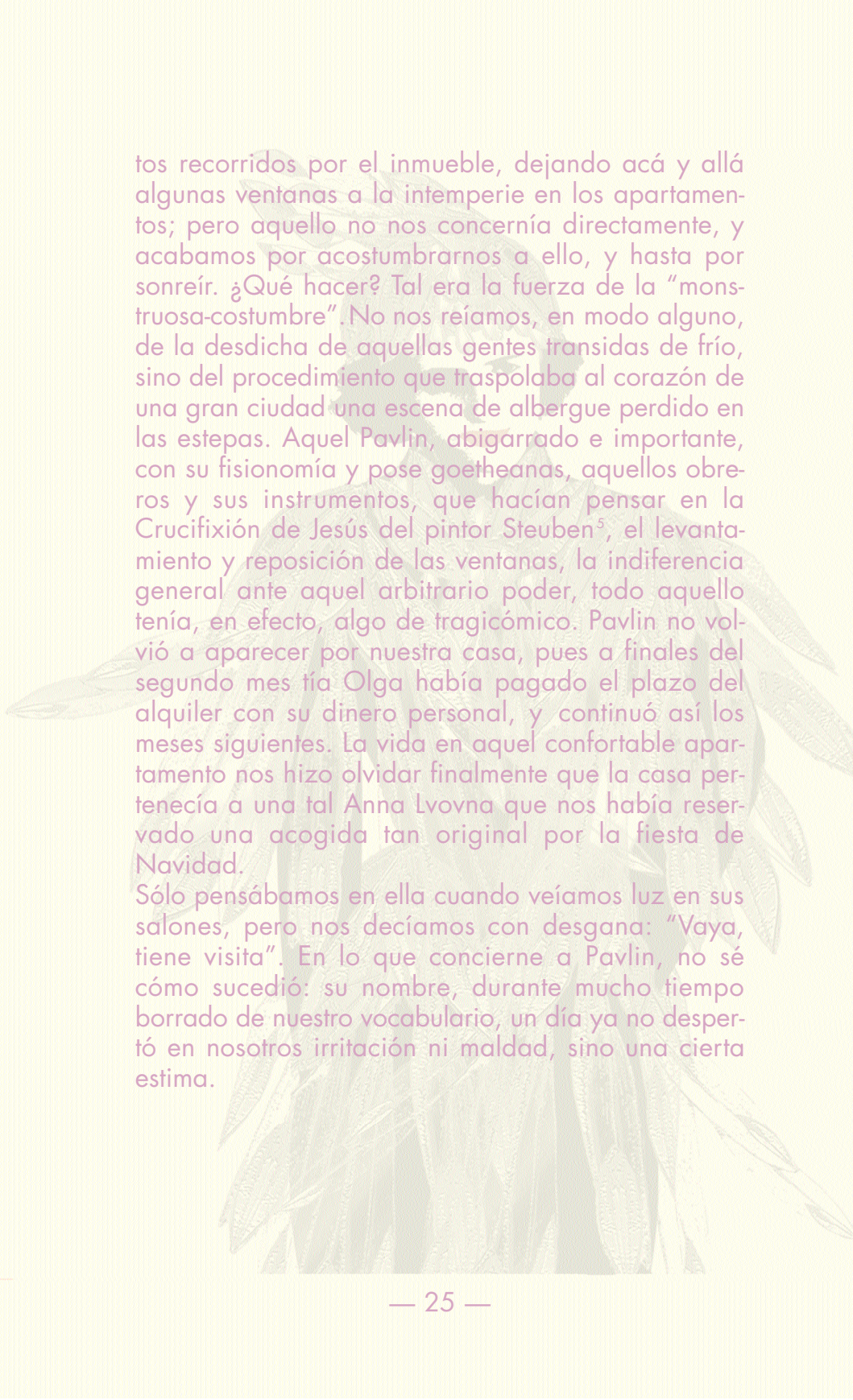
zadas en sus sitios y un orden adecuado reinaba en la vivienda. Cuando, más tarde, volvimos del oficio de la noche, festejamos la Navidad en un apartamento cálido, con las camas limpias. Dos días después, por supuesto, las sortijas de tía Olga habían sido recuperadas, y nos instalamos, a la vez que nos decíamos que no sería por mucho tiempo, tras las molestias sufridas a nuestra llegada. Maman hablaba de un mes o quizá de menos, si encontrásemos pronto una buena vivienda. Nadie dijo que no, pero, para gran disgusto de maman, no se encontró; en la que vivíamos era caliente, seca, y, a no dudarlo, nos convenía. Además, la severa casa de tía Anna se distinguía por su tranquilidad y limpieza, gracias a la estricta disciplina de Pavlin, y eso ayudó a tía Olga a convencer a maman de que no se apresurara y esperase al verano antes de mudarse.

“No es ella quien sería castigada —tía Olga hacía alusión a la honorable Anna Lvovna— sino nosotros, que tendríamos preocupaciones y gastos. ¿Merece la pena?”

Maman se hizo poco a poco a esa idea y decidió quedarse aún un mes, pero a condición de que aquel “rústico” de Pavlin no perturbara su descanso ni pusiera jamás los pies en nuestra casa.

Tía Olga se encargó de eso, y, el mismo día del plazo, le llevó el dinero a Pavlin.

Anna Lvovna no recibía la visita de maman ni de tía Olga, que parecía alimentar hacia aquélla una profunda aversión, de la que me di cuenta a pesar de mi inexperiencia de entonces. Vivíamos como extraños, totalmente ignorados por la dueña de la casa; eso nos dejaba indiferentes y, sin duda, a ella no debía molestarle mucho. Desde nuestras ventanas, veíamos de vez en cuando a Pavlin llevando a cabo sus funes-



tos recorridos por el inmueble, dejando acá y allá algunas ventanas a la intemperie en los apartamentos; pero aquello no nos concernía directamente, y acabamos por acostumbrarnos a ello, y hasta por sonreír. ¿Qué hacer? Tal era la fuerza de la “monstruosa-costumbre”. No nos reíamos, en modo alguno, de la desdicha de aquellas gentes transidas de frío, sino del procedimiento que traspalaba al corazón de una gran ciudad una escena de albergue perdido en las estepas. Aquel Pavlin, abigarrado e importante, con su fisionomía y pose goetheanas, aquellos obreros y sus instrumentos, que hacían pensar en la Crucifixión de Jesús del pintor Steuben⁵, el levantamiento y reposición de las ventanas, la indiferencia general ante aquel arbitrario poder, todo aquello tenía, en efecto, algo de tragicómico. Pavlin no volvió a aparecer por nuestra casa, pues a finales del segundo mes tía Olga había pagado el plazo del alquiler con su dinero personal, y continuó así los meses siguientes. La vida en aquel comfortable apartamento nos hizo olvidar finalmente que la casa pertenecía a una tal Anna Lvovna que nos había reservado una acogida tan original por la fiesta de Navidad.

Sólo pensábamos en ella cuando veíamos luz en sus salones, pero nos decíamos con desgana: “Vaya, tiene visita”. En lo que concierne a Pavlin, no sé cómo sucedió: su nombre, durante mucho tiempo borrado de nuestro vocabulario, un día ya no despertó en nosotros irritación ni maldad, sino una cierta estima.

IV

Nuestro cambio de actitud hacia él, Pavlin se lo debía a tía Olga, a quien él testimoniaba cada vez que se encontraban un gran respeto y de la que supo, por su parte, ganarse las simpatías. Mamá le decía riendo a tía Olga que amansando a Pavlin, había renovado el milagro de Daniel en la fosa de los leones. Esa ocurrencia no carecía de verosimilitud. Pavlin reverenciaba a mi tía, pero lo hacía —y eso le honraba—, sin rebajar lo más mínimo su inalienable dignidad. Simplemente se inclinaba ante ella un poco más que ante los otros, la dejaba pasar con más deferencia que a la misma Anna Lvovna, a quien él detestaba y despreciaba, según las observaciones de Olga. No sé en qué se basaba, pues ella no hablaba nunca con Pavlin, pero sus conclusiones respiraban la verdad. Veréis que de cualquier manera Pavlin estaba presente en nuestras preocupaciones. Nos había interesado: yo estaba fascinado por su recamada librea, y maman se mostraba aquiescente ante alguna simpatía desde que tía Olga había notado el desprecio del mayordomo hacia Anna Lvovna. Vivíamos en la casa de Anna Lvovna desde hacía no poco tiempo, cuando tuvimos la ocasión, completamente inesperada, de conocerle mejor. Maman pretendía reemplazar a un doméstico, del cual no estaba satisfecha. Así, pues, acabó por encontrarlo, y contrató a una persona que debía comenzar su servicio al día siguiente, pero por la noche un conserje trajo un sobre a nombre de tía Olga. La escritura era desconocida, muy sobria, recordando a la de los autodidactas de nuestra vieja Rusia; la carta estaba escrita con cuidado, en una hoja limpia, y, si no me

engaña la memoria, se leía más o menos esto: “¡Su Alta Nobleza Olga Petrovna! Vuestra señora hermana ha contratado un sirviente, pero me tomo la libertad de advertirle, con un propósito útil, que se trata de una persona que no es seria ni digna de confianza”. Firma: “el mayordomo Pavlin Pevunov”. Mi madre decidió tener en cuenta la advertencia y anuló el compromiso. Durante un paseo, mamá encontró a Pavlin en el patio y le dio las gracias por su benevolencia. Él levantó su sombrero galoneado y le respondió inclinándose cortésmente. Por la noche, ella le dijo a mi tía Olga:

“Seguimos necesitando un sirviente. El señor Pavlin ha desechado uno, pero no nos dijo dónde encontrar otro mejor.

– ¡Vamos! Eso no es cosa suya.

– Lo sé, pero... hubiera podido, creo, recomendarnos uno, si hubiese querido.

– ¿Pero se lo has pedido?

– No, pues no parece que quiera hablarme. Me ha considerado desde la altura de su grandeza casi ministerial y me ha hecho una reverencia. Sería cosa distinta si fuese contigo; no te hubiera negado el gran honor de hacernos ese servicio.”

Mi tía acogió ese humor con su alegría acostumbrada y le respondió:

“Bueno, voy a pedírselo.”

Al día siguiente por la noche, mi tía entró conmigo en la vivienda de Pavlin, donde según la costumbre, sentado en el sofá, leía un libro, a la luz de una glauca lámpara.

Cuando vio a mi tía, apartó el libro, se inclinó cortésmente y volvió a su goetheana pose.

Mi tía expuso su petición, Pavlin frunció las cejas, reflexionó y dijo:

“En este momento no hay ninguna persona adecuada para su servicio.

– ¿No tiene entonces a nadie a quien recomendarnos?

– No puedo, *madame*, pues no veo a nadie.”

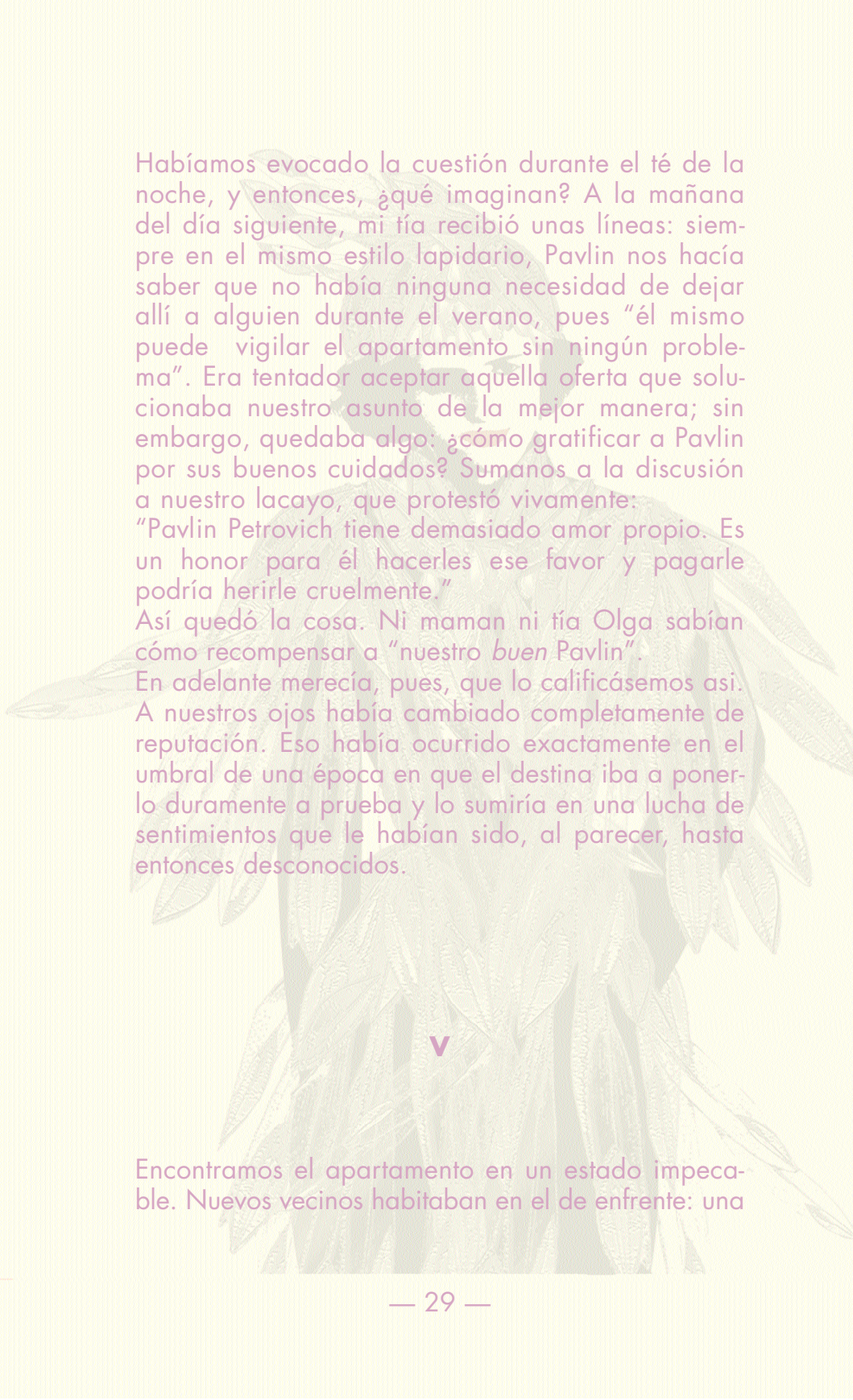
Volvimos con las manos vacías y maman se mofó todo lo que quiso de mi tía cuyo poder sobre Pavlin parecía vano, quien por lo demás no dejaba de ser un rústico. Pero Olga lo defendía, veía en su negativa una nueva prueba de sagacidad y prudencia; por supuesto, si conocía a alguien, se daría prisa por recomendárnoslo.

Ella estaba en lo cierto. A la mañana del día siguiente, en el momento de levantarse, recibió una nota de Pavlin que le pedía –en un estilo lapidario– que aplazase durante dos días la búsqueda de sirviente, pues él había conseguido informes de “alguien adecuado que había servido al mismo tiempo que él en casa de los señores”.

La actitud de maman cambió por completo: dejó de llamarle rústico, pues se sentía feliz ante la idea de tener un doméstico de la misma escuela que Pavlin y se declaraba dispuesta a esperar un mes si era necesario. Pero se presentó al día siguiente y fue contratado en el acto en calidad de modesto lacayo de nuestra modesta vivienda.

De más edad que Pavlin, parecía más sencillo y bondadoso que él. Era ciertamente un buen hombre, de carácter abierto y alegre, muy afable y concienzudo, que no tardó en ganarse nuestra confianza y simpatía, tanto más al haber sido recomendado por Pavlin que con eso nos hacía un primer favor.

El segundo no se hizo esperar. Debíamos pasar el verano en el campo, pero no queríamos dejar a nuestro querido sirviente solo en el apartamento.



Habíamos evocado la cuestión durante el té de la noche, y entonces, ¿qué imaginan? A la mañana del día siguiente, mi tía recibió unas líneas: siempre en el mismo estilo lapidario, Pavlin nos hacía saber que no había ninguna necesidad de dejar allí a alguien durante el verano, pues "él mismo puede vigilar el apartamento sin ningún problema". Era tentador aceptar aquella oferta que solucionaba nuestro asunto de la mejor manera; sin embargo, quedaba algo: ¿cómo gratificar a Pavlin por sus buenos cuidados? Sumamos a la discusión a nuestro lacayo, que protestó vivamente:

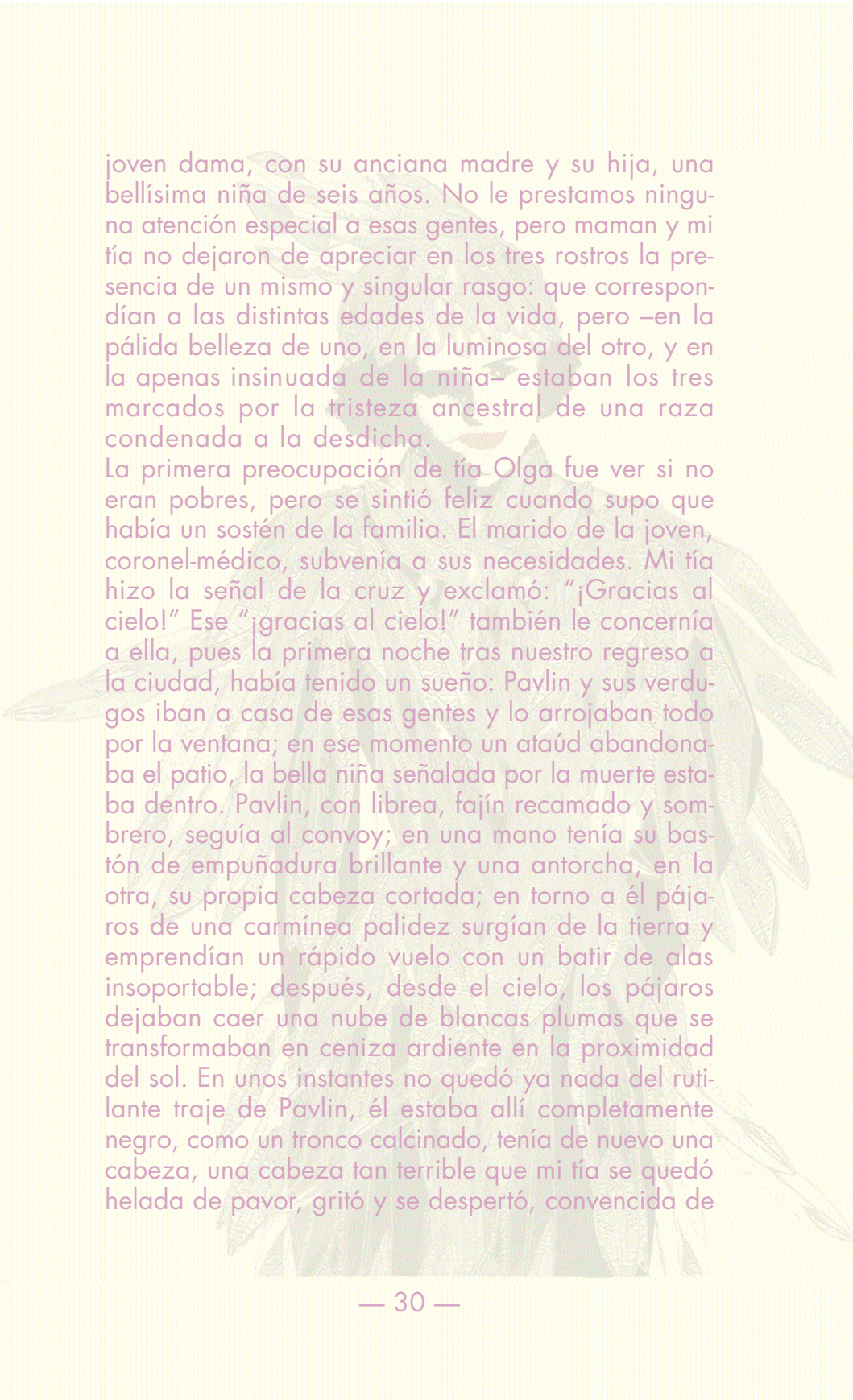
"Pavlin Petrovich tiene demasiado amor propio. Es un honor para él hacerles ese favor y pagarle podría herirle cruelmente."

Así quedó la cosa. Ni mamá ni tía Olga sabían cómo recompensar a "nuestro *buen* Pavlin".

En adelante merecía, pues, que lo calificásemos así. A nuestros ojos había cambiado completamente de reputación. Eso había ocurrido exactamente en el umbral de una época en que el destino iba a ponerlo duramente a prueba y lo sumiría en una lucha de sentimientos que le habían sido, al parecer, hasta entonces desconocidos.

V

Encontramos el apartamento en un estado impecable. Nuevos vecinos habitaban en el de enfrente: una



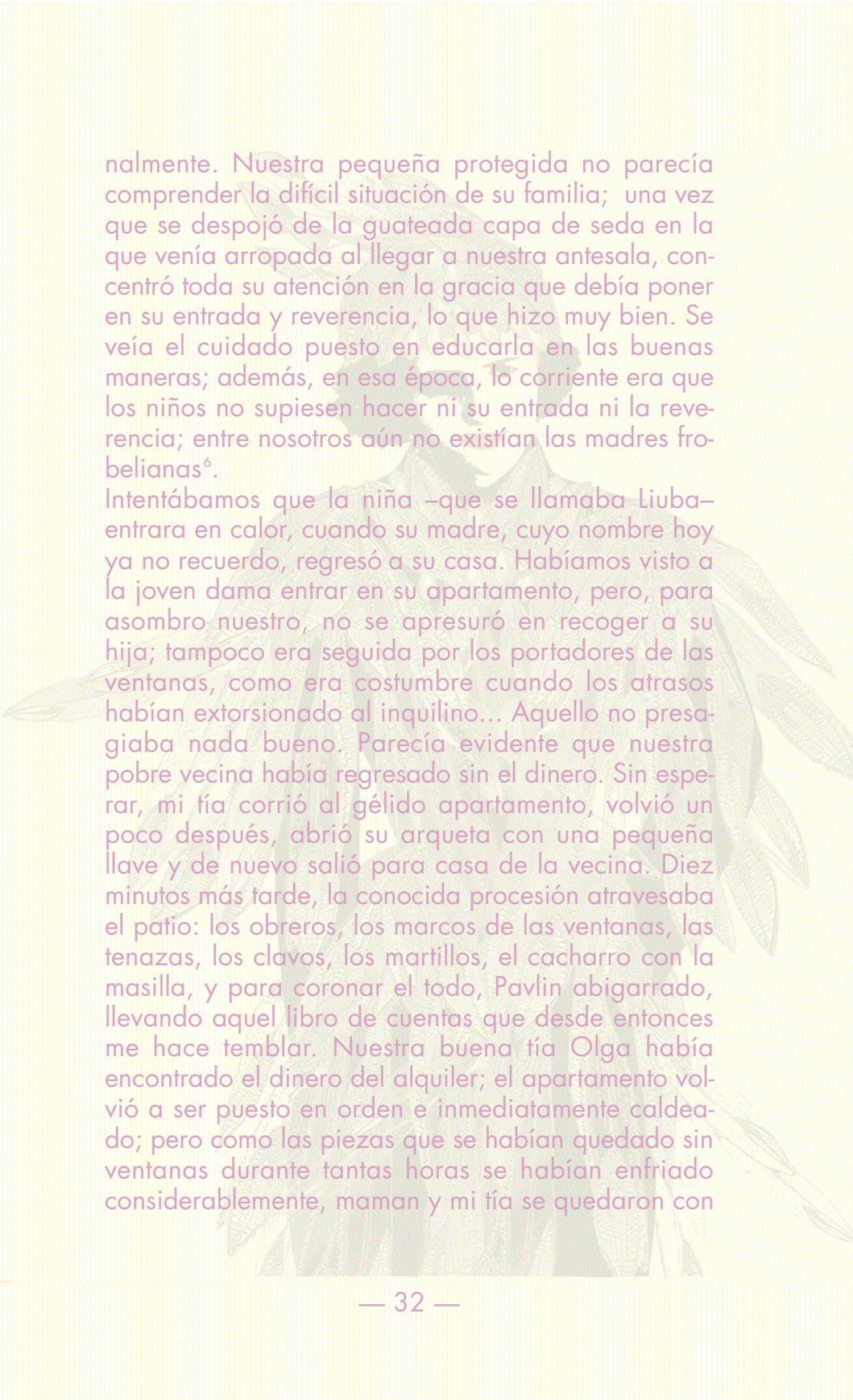
joven dama, con su anciana madre y su hija, una bellísima niña de seis años. No le prestamos ninguna atención especial a esas gentes, pero mamá y mi tía no dejaron de apreciar en los tres rostros la presencia de un mismo y singular rasgo: que correspondían a las distintas edades de la vida, pero —en la pálida belleza de uno, en la luminosa del otro, y en la apenas insinuada de la niña— estaban los tres marcados por la tristeza ancestral de una raza condenada a la desdicha.

La primera preocupación de tía Olga fue ver si no eran pobres, pero se sintió feliz cuando supo que había un sostén de la familia. El marido de la joven, coronel-médico, subvenía a sus necesidades. Mi tía hizo la señal de la cruz y exclamó: “¡Gracias al cielo!” Ese “¡gracias al cielo!” también le concernía a ella, pues la primera noche tras nuestro regreso a la ciudad, había tenido un sueño: Pavlin y sus verdugos iban a casa de esas gentes y lo arrojaban todo por la ventana; en ese momento un ataúd abandonaba el patio, la bella niña señalada por la muerte estaba dentro. Pavlin, con librea, fajín recamado y sombrero, seguía al convoy; en una mano tenía su bastón de empuñadura brillante y una antorcha, en la otra, su propia cabeza cortada; en torno a él pájaros de una carmínea palidez surgían de la tierra y emprendían un rápido vuelo con un batir de alas insoportable; después, desde el cielo, los pájaros dejaban caer una nube de blancas plumas que se transformaban en ceniza ardiente en la proximidad del sol. En unos instantes no quedó ya nada del rutilante traje de Pavlin, él estaba allí completamente negro, como un tronco calcinado, tenía de nuevo una cabeza, una cabeza tan terrible que mi tía se quedó helada de pavor, gritó y se despertó, convencida de

que había tenido un sueño premonitorio, de pesadas consecuencias.

Ella no se había equivocado, su sueño decía la verdad: una dura y fatídica prueba esperaba al inquebrantable Pavlin.

La cosa comenzó así. Una mañana, durante los fríos crueles de enero, pudimos ver en el alojamiento de nuestros nuevos vecinos tres ventanas desprovistas de sus marcos. Maman y mi tía pronto comprendieron que aquello era obra de nuestro “buen” Pavlin y se quedaron mudas. Como os decía, hacía un frío de perros y nos imaginábamos fácilmente lo que aquellos desdichados podían estar pasando, ahora que el buen Pavlin había, en pleno invierno, transformado su vivienda en residencia de verano. Debían de estar entumecidos en sus habitaciones sin ventanas. Maman, con su característico nerviosismo, estaba fuera de sí; no dejó de repetir que el “buen” Pavlin era un verdugo, un judío y un bandido. Envió a la doméstica con el ruego de que aceptasen ocupar momentáneamente una de nuestras habitaciones que ya habían sido preparadas para acogerles. La doméstica informó que la dueña de la casa no estaba y que su madre le agradecía el interés que le manifestábamos, pero que declinaba categóricamente el ofrecimiento de Maman. Su rechazo se explicaba por el hecho de que ella esperaba el regreso de su hija y que estaba segura de que ésta traería pronto el dinero, que entonces pagarían y todo volvería al orden. Maman les pidió que dejaran al menos a la niña con nosotros, que corría el riesgo de constiparse. Ese mensaje fue mejor recibido: aún hoy la veo venir —a la pequeña de seis años—, con una cara tan bella, pero marcada por el estigma de la fatalidad. Sí, existen tales rostros y yo los conozco perso-



nalmente. Nuestra pequeña protegida no parecía comprender la difícil situación de su familia; una vez que se despojó de la guateada capa de seda en la que venía arropada al llegar a nuestra antesala, concentró toda su atención en la gracia que debía poner en su entrada y reverencia, lo que hizo muy bien. Se veía el cuidado puesto en educarla en las buenas maneras; además, en esa época, lo corriente era que los niños no supiesen hacer ni su entrada ni la reverencia; entre nosotros aún no existían las madres frobelianas⁶.

Intentábamos que la niña —que se llamaba Liuba— entrara en calor, cuando su madre, cuyo nombre hoy ya no recuerdo, regresó a su casa. Habíamos visto a la joven dama entrar en su apartamento, pero, para asombro nuestro, no se apresuró en recoger a su hija; tampoco era seguida por los portadores de las ventanas, como era costumbre cuando los atrasos habían extorsionado al inquilino... Aquello no presagiaba nada bueno. Parecía evidente que nuestra pobre vecina había regresado sin el dinero. Sin esperar, mi tía corrió al gélido apartamento, volvió un poco después, abrió su arqueta con una pequeña llave y de nuevo salió para casa de la vecina. Diez minutos más tarde, la conocida procesión atravesaba el patio: los obreros, los marcos de las ventanas, las tenazas, los clavos, los martillos, el cacharro con la masilla, y para coronar el todo, Pavlin abigarrado, llevando aquel libro de cuentas que desde entonces me hace temblar. Nuestra buena tía Olga había encontrado el dinero del alquiler; el apartamento volvió a ser puesto en orden e inmediatamente caldeado; pero como las piezas que se habían quedado sin ventanas durante tantas horas se habían enfriado considerablemente, maman y mi tía se quedaron con

la pequeña Liuba, y retuvieron también a su madre por todo el día. Habíamos invitado a la abuela, pero la anciana lo agradeció cortésmente y, a pesar de nuestra insistencia, se quedó en el alojamiento. La madre de Liuba se quedó con nosotros hasta la medianoche; con un relato entrecortado por amargas lágrimas, nos hizo saber que su esposo servía en calidad de médico en uno de los regimientos rusos entonces estacionados en Hungría; ellos no poseían ninguna fortuna, pero habían vivido hasta aquel momento sin dificultades. Después el marido tuvo que partir en campaña con su regimiento. Al principio les había enviado con qué subsistir, pero he aquí que hacía ya dos meses que no daba señales de vida.

“Dios sabe –dijo entre sollozos–, quizá... ya no es de este mundo o esté preso, o le haya ocurrido algo aún peor, y entonces... pobre hija mía... pobre hija mía ¿que será de ella?”

Contempló a Liubochka⁷, que estaba sentada en un sillón y a quien yo intentaba distraer, se volvió bruscamente, se cubrió los ojos con las manos y dijo como inspirada:

“¡Todo es negro, negro, no puedo mirar esta oscuridad!”

Súbitamente fue presa de temblores, se inclinó hacia la niña a la que abrazó contra su pecho, y se quedó allí como petrificada.

Tía Olga sabía más: el padre había muerto, ya por una bala húngara o ya por la fiebre. La abuela le había confiado la funesta noticia para que le ayudara a decir la verdad a la pobre viuda y que ésta aceptase el horror de su total desamparo.

Sin duda, mi tía llevó a cabo su triste misión, aunque no sé ni cuándo ni cómo lo hizo, pues a partir de ese día maman, tan nerviosa e impresionable, se negó

claramente a seguir en aquel apartamento, que abandonamos, pues, por una casa distinta, donde ya no había ningún Pavlin ni aquellas bárbaras normas que él aplicaba con tanto rigor.

VI

Maman, como la mayoría de las mujeres sensibles, huía de las escenas de crueldad que la sublevaban, y se las arreglaba para *no verlas*. Tía Olga, por su parte, tenía los nervios mucho más sólidos; no temía afrontar la adversidad. No abandonó, entonces, a sus desdichados vecinos y continuó visitándolos después de nuestra mudanza. Su extrema delicadeza no le permitía preguntarles si tenían con qué pagar el próximo alquiler, pero esperaba con vigilancia el plazo. Recuerdo con qué angustia e inquietud se esforzaba por conservar aquella fecha en su memoria. Llegado el día, corrió a la casa donde las pobres mujeres se encontraban a merced de Pavlin. Una vez que llegó al patio, lo primero que hizo fue mirar hacia sus ventanas: los marcos estaban allí... Se tranquilizó. Pasó otro mes y tía Olga corrió una vez más con el dinero en el bolsillo a casa de los vecinos, cuya vivienda, aún estando bien cuidada, se veía ya marcada por la penuria. Al menos estaba caldeada, pero parecía vaciarse poco a poco. Al tercer mes, la anciana abuela murió... Circulaban extraños rumores: se habría envenenado con cerillas de fósforo, y había hecho eso en plena posesión de sus facultades y con habilidad, disolviendo el fósforo no en agua o

alcohol, como hacen la mayoría de las personas que eligen ese veneno, sino en aceite que lo disuelve completamente. Se contaba que se habría suicidado sencillamente para dejar de ser una carga para su pobre hija, que negándose a abandonarla, daba algunas clases particulares a un modesto precio a fin de escapar a la miseria; mientras que si la madre se quedase sola con su niña, quizá ella pudiera contratarse en alguna parte como celadora o gobernanta en un pensionado. La abuela quería dejarle las manos libres a su hija y tomó su decisión con una asombrosa serenidad. No sé si todos esos rumores de envenenamiento eran fundados; en cualquier caso, el entierro tuvo lugar sin que la policía llevase a cabo pesquisa alguna. Pero su cálculo se reveló falso; ciertamente, le dejó las manos libres a su hija, pero ésta no consiguió el empleo deseado. Ella continuó, pues, con sus lecciones particulares y arruinó completamente una salud quebrantada; un ligero constipado bastó para provocar en la pobre mujer una terrible enfermedad que, en menos de un mes, la llevó a la tumba.

Murió sin dejar nada a su hija, ni bienes, ni ninguna buena persona; hasta tía Olga había abandonado San Petersburgo para ver a sus padres. Tía Olga regresó ese funesto día de febrero, que vio de madrugada el coche fúnebre de los pobres rodando penosamente por la cenagosa nieve del cementerio de Volkovo con el ataúd; allí estaba Liuba, afligida, y caminando detrás del coche fúnebre... Pavlin... Completamente exacto, casi al detalle, el sueño de tía Olga. Pavlin estaba con la cabeza descubierta y se había puesto para aquella triste ocasión un viejo capote gris forrado de lana. Tía Olga se sintió profundamente turbada por esos acontecimientos y, tras

discutirlo con mamá, decidieron traer a casa a la huérfana Liuba, mientras esperaban encontrarle otro destino. Pero aquello resultó inútil: ya estaba bien acomodada, ciertamente tan bien como podía estarlo entre nosotros con nuestros limitados medios y sin relaciones sólidas, y al cuidado de ese mismo Pavlin que, dos meses antes, casi la dejó morir de frío al mismo tiempo que a su madre y abuela.

Después de la discusión con mamá, tía Olga fue a buscar a Liuba a la oficina de Pavlin, pero no lo encontró en su lugar habitual, en el gran sillón. Aquella fue sin duda la primera vez que Pavlin faltaba a sus obligaciones desde que en aquella casa se había vestido la abigarrada librea y empuñado el resplandeciente bastón de mayordomo.

Tía Olga supo que acababa de volver del cementerio y que había llevado a la niña en sus brazos hasta su habitación.

Tía Olga se dirigió raudamente hacia el santuario inviolable de Pavlin y entró sin ceremonias. En la exigua pieza, pudo ver a Liuba sentada en un diván y sollozando; Pavlin, de rodillas, desabrochaba los zapatos empapados de la niña.

Se levantó, se inclinó cortésmente y dijo:

“Está bien, madame, ¿viene a buscar a la niña?”

— Sí.

— ¿Quiere quedarse con ella?

— Sí.

— Como guste, madame.”

Liuba tendió los brazos hacia mi tía y la llevamos.

Pero, la misma noche, Pavlin se anunció y pidió ser recibido a propósito de la huérfana.

Hicieron entrar a Pavlin al salón, donde mi tía no tardó en reunirse. Al cabo de una media hora de entrevista Pavlin se despidió. Tía Olga le hizo saber

a maman su admiración por la inteligencia y firmeza de aquel hombre.

Pavlin había venido a explicar su deseo de hacerse cargo de Liuba, pero sólo si no encontrábamos un mejor arreglo. Para permitir que mi tía se hiciese una opinión sobre sus medios e intenciones, creyó conveniente contarle su pasado, informarla sobre su situación presente y de sus ambiciones concerniendo a Liuba. Él había nacido siervo –dijo–, le enseñaron música, para la cual no tenía gusto; de músico pasó entonces a ayuda de cámara. Después pagó de su bolsillo una fuerte suma para ser libre de su propia persona; gracias a su trabajo y perseverancia, pronto sacó de la servidumbre a su anciana madre, a su hermana y su cuñado, a los que les alquiló un bello albergue en la ruta de Tula. Se sentía obligado a ayudarlos en su empresa y no quiso, pues, casarse, para poder dedicarse a su familia. Ahora bien, un mes antes, había sabido que todos sus familiares habían sucumbido al cólera, unos tras otros. Desde entonces solo en el mundo, creía que el tiempo del matrimonio había pasado para él y que, ahora, podría dedicar el resto de sus días a la huérfana Liuba, cuya situación le parecía tan lamentable.

Mi tía se emocionó de tal manera por aquel arrebatado del corazón que le tendió la mano y le obligó a sentarse para que le expusiese en detalle sus miras a propósito de Liuba. Ella estaba segura de que, tan prudente, Pavlin no había decidido hacerse cargo de la niña sin intenciones precisas y realistas. Estaba en lo cierto: Pavlin tenía un proyecto completamente sensato y realizable, en todo conforme a su carácter tranquilo y firme. No sólo se proponía acoger a la niña y asegurar su subsistencia, sino que también había previsto el camino que ella debería

seguir para entrar en la vida y encontrar su sitio. En esta ocasión su carácter reveló rasgos hasta entonces desconocidos: rectitud, modestia y desprecio por los hombres vanidosos que quieren parecerse a las gentes de alto copete. Ciertamente, Pavlin había elegido para la huérfana un premio más modesto: Liuba haría su escuela con una buena dama que él conocía, que le daría en cuatro años lo que él consideraba como el saber indispensable, es decir lectura, escritura, catecismo y aritmética, y asimismo “rudimentos de historia”; después aprendería las labores de las damas; durante ese tiempo, él mismo reuniría el dinero necesario para abrirle una tienda; después la casaría con un muchacho honesto “que sea digno de ella”. Las cosas —prosiguió—, serán mucho más seguras así. En efecto, nos acomodamos sin esfuerzo a la nobleza cuando el destino nos la ofrece, pero el primer deber del hombre es saber contar consigo mismo.”

Aquel proyecto simple y práctico de educación complacía enormemente a tía Olga, siempre tan inteligente y modesta, pero en cambio no era del gusto de maman; a ella le parecía que nadie tenía derecho a “mutilar el futuro de la pobre huérfana, contrariamente a lo que ella podía esperar por el hecho de su nacimiento”. Las dos mujeres no podían ponerse de acuerdo y aún discutían sobre si el azar no habría intervenido para resolver la diferencia a su manera: la salud de maman exigía un cambio de clima y debía residir un año en casa de su hermano, lejos de San Petersburgo; yo ingresé en un pensionado en la capital; en cuanto a la buena tía, ella tomó un camino muy distinto, muy especial: ingresó en un aislado convento, a orillas del Dniepr, más allá de Kiev. Había, pues, que confiar a la huérfana a los buenos

cuidados de Pavlin, cuyo celo en educar a la niña y los medios para hacerlo eran además superiores a los nuestros. Por otra parte, las garantías morales que Pavlin le había dado a mi tía antes de decirle adiós la habían tranquilizado grandemente sobre el futuro de Liuba.

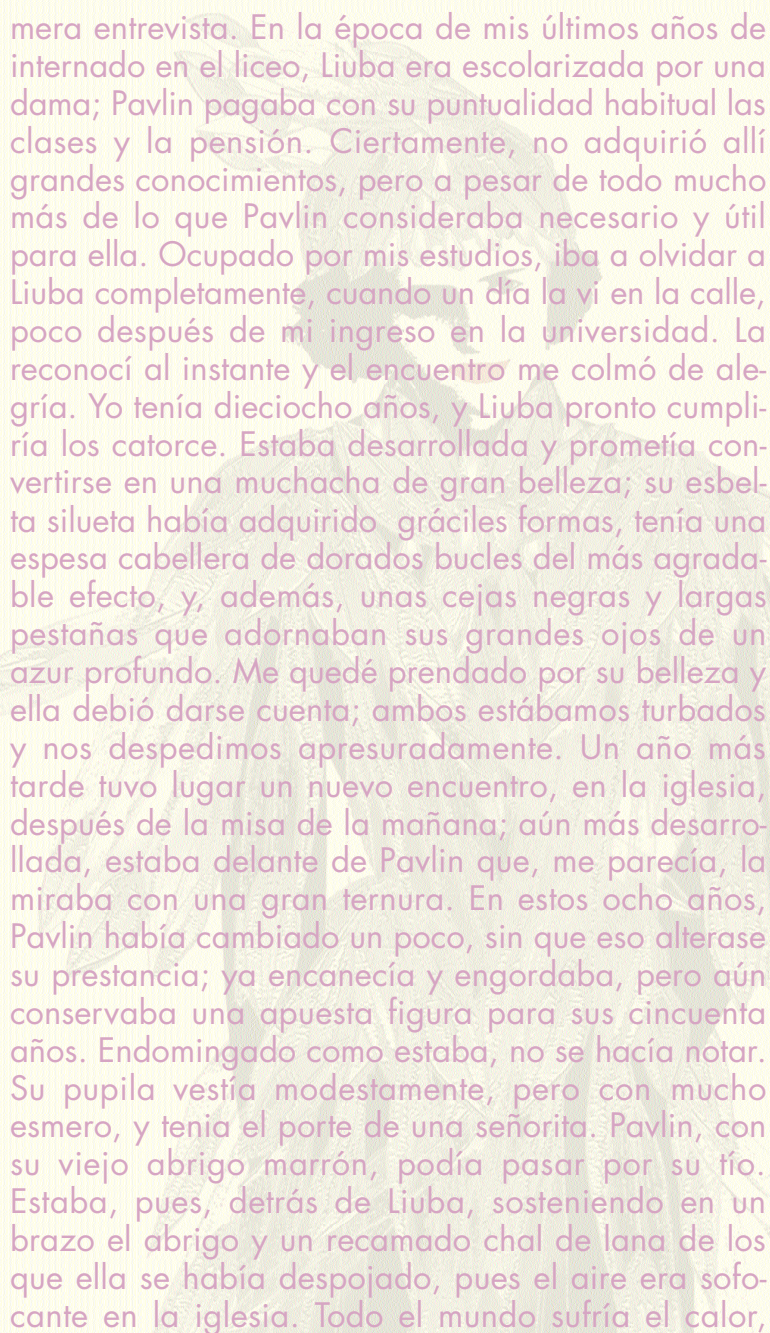
He aquí, poco más o menos, lo que dijo:

“Yo sé, *madame*, que paso por malo, y eso porque considero que cada cual debe ante todo cumplir su deber. No tengo un corazón cruel y sé por experiencia que los hombres son en gran parte responsables de su desgracia y que, un exceso de indulgencia, aún los expone más a ella. No se ayuda al hombre sólo con complacerlo, pues eso le debilita, hay que ayudarlo a levantar cabeza y a reflexionar profundamente de tal manera que él mismo pueda protegerse de las personas malintencionadas.”

Así, después de haber derramado muchas lágrimas por Liuba, mamá y tía Olga la confiaron a la buena voluntad de Pavlin para que hiciese de ella una mujer sin debilidades y capaz de defenderse. Pues es esta niña, Liuba, como lo muestra la continuación de la historia, la que justamente va hacer de Pavlin el hombre que él jamás imaginó que podía llegar a ser.

VII

El tiempo pasaba. Pavlin educaba a Liuba justamente como se lo había prometido a mi tía durante su pri-



mera entrevista. En la época de mis últimos años de internado en el liceo, Liuba era escolarizada por una dama; Pavlin pagaba con su puntualidad habitual las clases y la pensión. Ciertamente, no adquirió allí grandes conocimientos, pero a pesar de todo mucho más de lo que Pavlin consideraba necesario y útil para ella. Ocupado por mis estudios, iba a olvidar a Liuba completamente, cuando un día la vi en la calle, poco después de mi ingreso en la universidad. La reconocí al instante y el encuentro me colmó de alegría. Yo tenía dieciocho años, y Liuba pronto cumpliría los catorce. Estaba desarrollada y prometía convertirse en una muchacha de gran belleza; su esbelta silueta había adquirido gráciles formas, tenía una espesa cabellera de dorados bucles del más agradable efecto, y, además, unas cejas negras y largas pestañas que adornaban sus grandes ojos de un azur profundo. Me quedé prendado por su belleza y ella debió darse cuenta; ambos estábamos turbados y nos despedimos apresuradamente. Un año más tarde tuvo lugar un nuevo encuentro, en la iglesia, después de la misa de la mañana; aún más desarrollada, estaba delante de Pavlin que, me parecía, la miraba con una gran ternura. En estos ocho años, Pavlin había cambiado un poco, sin que eso alterase su prestancia; ya encanecía y engordaba, pero aún conservaba una apuesta figura para sus cincuenta años. Endomingado como estaba, no se hacía notar. Su pupila vestía modestamente, pero con mucho esmero, y tenía el porte de una señorita. Pavlin, con su viejo abrigo marrón, podía pasar por su tío. Estaba, pues, detrás de Liuba, sosteniendo en un brazo el abrigo y un recamado chal de lana de los que ella se había despojado, pues el aire era sofocante en la iglesia. Todo el mundo sufría el calor,

pero especialmente Liuba que estaba roja como una pironía y cuya mirada parecía impregnada de inquietud y turbación. Era extraño, cuanto más avanzaba el servicio, mayor parecía su ansiedad. Yo tenía la impresión de que su estado estaba relacionado con mi presencia, pues cuando Liuba me vio y reconoció, no dejó de observarme con sus grandes ojos de largas y negras pestañas. El desarrollo de los acontecimientos me dio la razón. Cuando terminó el oficio y me acerqué a Liuba —a quien Pavlin le ponía su abrigo—, la turbación de la joven llegó a su colmo; apenas me dirigió un leve movimiento de cabeza, y, en su precipitación, no conseguía introducirse las mangas, mientras que al borde de sus inclinados párpados asomaba una espesa lágrima, no de ternura, sino de cólera y despecho. Con seguridad, Liuba sufría por haber sido vista, por mí, en compañía de un *lacayo*, y eso en una circunstancia donde la presencia de un doméstico no podía favorecer la vanidad humana. Pavlin fingió no haber visto nada, pero yo estoy seguro de que se dio cuenta de todo y lo comprendió. Sin embargo, él no parecía turbado; como siempre, cumplía su deber, concienzudamente, y en este caso ayudaba a vestirse a Liuba y asentaba sus ropas, como un buen sirviente, pero eso a ella parecía contrariarla, pues ponía cara de asco y se apartaba de él, como una frágil paloma conchabada con un cuervo.

Viejos recuerdos se despertaron en mí: pensé en la estima que mi buena tía dispensaba al intransigente celador del deber cumplido, e imaginé su talante para con Liuba. Les tendí al mismo tiempo las dos manos, a ella la derecha, a Pavlin la izquierda, y tan gentilmente como pude, le dije a este último: "Pavlin Petrovich, me siento muy feliz de verlo.

Discúlpeme por darle la mano izquierda, pero es la que está más cerca del corazón.”

Me estrechó la mano con fuerza y creí incluso ver una lágrima en sus ojos, muy diferente de la de Liuba. Aquello no escapó a la joven que alzó su mirada: ahora ella irradiaba verdaderamente placer ante una especie de igualdad restablecida entre nosotros tres. Pavlin seguía impasible, pero había algo en él que expresaba una contenida satisfacción.

“Liubov Andreevna —me dijo al salir de la iglesia—, ha cambiado mucho... La señorita ha crecido, ya no es la misma.

— Sí, ha crecido y...” Iba a añadir que ahora era muy bella, pero me pareció que no era oportuno que ella lo oyese y dije que a punto estuve de no reconocerla.

“Naturalmente —respondió él—, usted se acordará... La señorita, por entonces, aún era muy pequeña... Ahora ya tiene sus quince años.”

Torpemente, manifesté mi asombro ante el hecho de que hubiesen pasado nueve años desde que era huérfana. Y ahí se acabó todo. Al domingo siguiente, volví a encontrar a Liuba en el mismo lugar, y aquellos encuentros se hicieron cada vez más frecuentes. Un buen día, hallé a Pavlin solo en la iglesia y me interesé por la razón.

“La señorita... Liubochka no se encuentra bien” —respondió el mayordomo—, cuando en su presencia nunca la nombraba de otra manera que no fuese Liubov Andreevna. Le pregunté qué era lo que le ocurría.

Pavlin se quedó pensativo, con los brazos colgando, después gruñó:

“Sin duda algo en la cabeza.

— ¡Vaya! ¿No sufrirá Libuchka de melancolía?

— No, señor, si piensa usted en la melancolía como enfermedad. No, en este caso, ella no sufre de eso, al contrario, ni siquiera se preocupa bastante por sí misma. Pero... ahí... en su carácter hay algo... como eso.”

Poco después nos separamos y estuvimos largo tiempo sin vernos, cuando una noche de otoño tuve la sorpresa de verlo en mi casa; me anunció, con la más viva inquietud, que Libuchka había caído enferma.

“El sábado último —me dijo—, ella vino a mi habitación por un instante y súbitamente fue presa de una debilidad que asustó a todo el mundo. Anna Lvovna llamó a su médico personal, y también vino nuestro joven amo... Ahora se siente mejor, ha dormido un poco y al despertar dijo: “Cómo me gustaría oír hablar de mamá.” Concédame el favor de pasar a visitarla. Ella le ha recordado, y creo que quiere hablar de su infancia; pues usted conoció a su madre. Eso la complacerá mucho.”

Fui en el acto.

“En cualquier caso, si le hace muchas preguntas, no se lo cuente todo” —me susurró al oído haciéndome pasar el umbral de su santuario.

La habitación, que yo veía por primera vez, era muy pequeña, pero confortable y de una extremada limpieza; me hizo pensar al instante en una preciosa bombonera donde hubiesen instalado una bonita muñeca de porcelana de Sajonia, una muñeca de quince años llamada Liuba.

VIII

Pavlin salió a preparar el té y nosotros nos encontramos a solas. Liuba estaba sentada en un sillón, con los pies sobre un taburete, envueltos en una manta vieja, pero limpia. La saludé expresándole mi satisfacción de verla restablecerse y me senté en una ménsula, frente a ella.

No respondió, aunque suspiró haciendo un gesto que yo tomé por una reacción de dolor, pero me había equivocado: Liuba quería mostrar así que estaba descontenta e inconsolable.

“No estoy en absoluto contenta de curarme –dijo finalmente con displicencia.

– ¡Pero bueno! ¿Le gusta entonces estar enferma?”

–le respondí, intentando darle a la conversación un tono humorístico. Pero Liuba se mostró más hosca y añadió:

“No, no estar enferma, sino mor...”

– ¿De “mor...?” –le respondí con el mismo tono de broma–. Tiene mucho tiempo para “mor...”

– Me siento muy desgraciada” –dijo, mientras por sus mejillas resbalaban las lágrimas.

Intenté animarla con banalidades: ella tenía toda la vida por delante, los días negros llegarían a su fin, y vendrían mejores tiempos... Pero agitó su pequeña mano y dijo nerviosamente:

“Nunca tendré esa suerte.

– ¿Por qué?

– Porque ese es mi destino.”

La consideraba, totalmente desconcertado. Sus palabras no tenían el acento de una turbación efímera, llevaban efectivamente la huella de la fatalidad, y en

todo su ser respiraba algo irrevocable y funesto. Su rostro de jovencita me recordaba al de su madre y su abuela. Nuestra conversación estaba definitivamente interrumpida. Liuba no me hacía preguntas sobre su pasado, contrariamente a lo que había pensado Pavlin; se callaba e irritaba. ¿Por qué? Aparentemente, a causa de su condición. ¿A quién hacía responsable de ello? ¿A la providencia que lo había decidido así? No, ella pensaba, al parecer, en otro responsable. ¿Y en quién, sino en el mismo Pavlin? Yo sospechaba que quizá hubiese habido entre ellos —no hace mucho— un incidente que desconcertó a Pavlin; él entonces me hizo venir sin saberlo la joven, a la vez para no imponerle su presencia y no dejarla sola. También presentía, quizá sin fundamento, que en la persona de Liuba, Pavlin lo había conseguido todo menos la felicidad. La joven me parecía en exceso sentimental, ambiciosa y fútil; yo sabía ya por aquel entonces que era difícil para las personas serias ponerse de acuerdo con semejantes seres. No vivir en el piso de los señores, sino en la habitación del mayordomo, tener una deuda de reconocimiento no hacia la generala, sino hacia su lacayo: tales eran, en mi opinión, las raíces principales del mal que sufría Liuba...

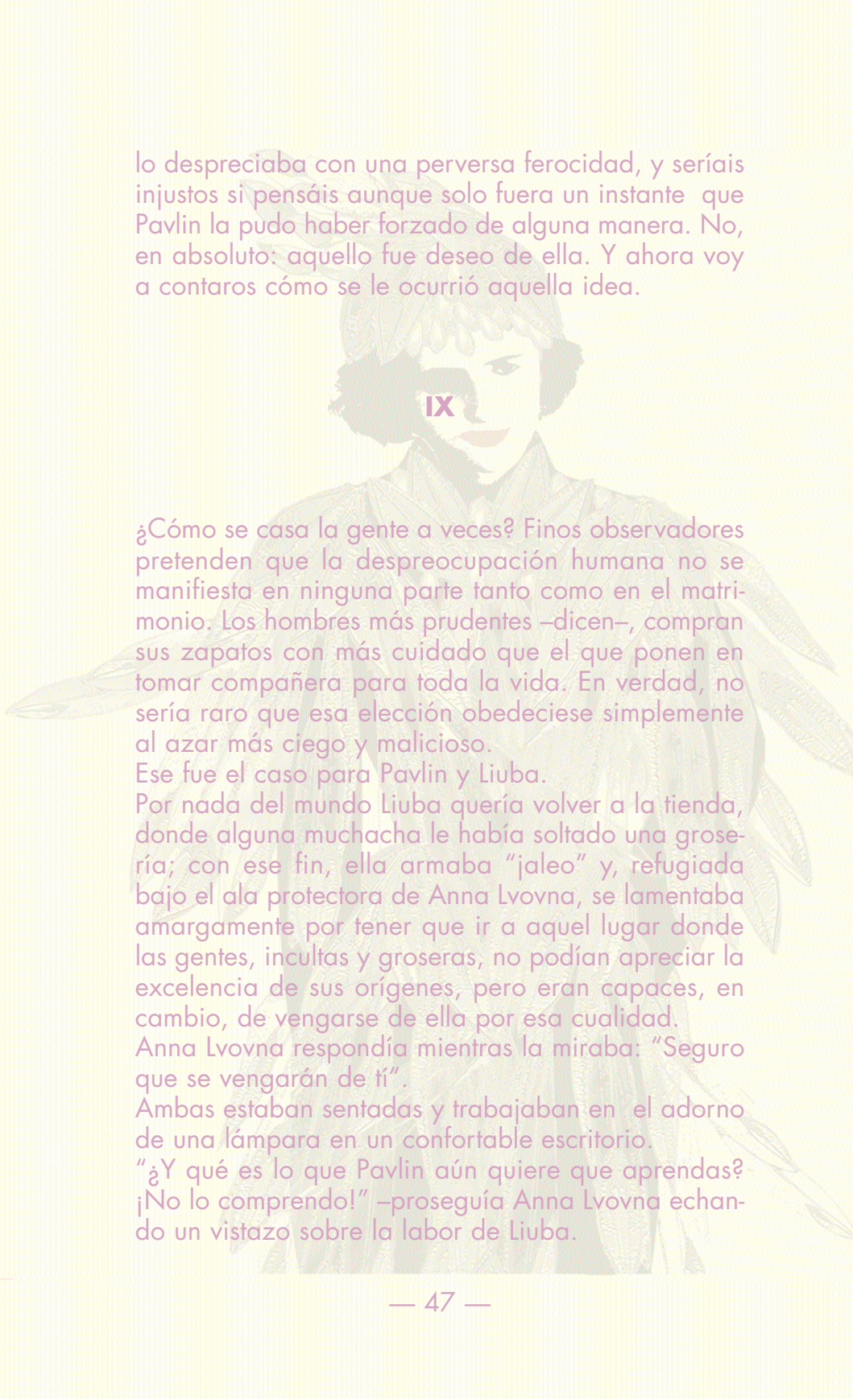
Aunque vine a ver a Liuba por compasión, tuve, ay, que compadecer a Pavlin. Quizá él se sometía ya un poco y ahora sentía que había nacido lacayo y que ella —que se lo debía todo— había no obstante nacido señorita, una persona a quien la fuerza de la costumbre le designaba como superior. También Liuba subrayaba ciertamente aquella diferencia con relación a su tutor, pero ella no tenía la grandeza de alma que la hubiese predispuesto a la modestia y gratitud. Lo único que me dijo con placer fue que

ayer y hoy había recibido la visita de Anna Lvovna en persona y de su hijo mayor Woldemar⁸, recientemente promovido abanderado en uno de los más elegantes regimientos de caballería de la Guardia. Liuba, por lo demás hosca y taciturna, se explayaba a más y mejor sobre esas visitas; ellos le habían “hablado en francés, pues no querían que Pavlin comprendiese su conversación”; finalmente, admiró y olió el frasco de vinagre aromático que la anciana generala le había dejado. Entonces me convencí que para curar a Liuba bastaría con hacerla pasar, como un gatito, de un lugar a otro, es decir de la habitación del mayordomo al hermoso piso. Lo que después sucedió me dio la razón.

Una vez restablecida, y después de alguna visita a las casas de la generala, a la joven Liuba le gustaba estar allí, aunque sólo fuese unas pocas horas al día. De nuevo se sentía ganada por la debilidad ante la idea de ir al taller donde la había colocado Pavlin. Éste no sabía qué hacer y se pasaba el tiempo murmurando entre dientes:

“¡Qué gente! Hum... las amigas... sabe, ¡le han dicho que ella era noble! ¡Y ahora ya no quiere volver allí! Pero la nobleza, ¿qué es? No gran cosa, verdaderamente.”

La indómita voluntad de Pavlin era impotente para someter a Liuba, para forzarla, para obligarla a volver al taller. Llevarla a su casa sería inconveniente, habida cuenta de lo exiguo del lugar y la edad de Liuba. En una palabra, las cosas se apartaban mucho de los planes que había concebido Pavlin. Pero ¿imagináis lo que se le ocurrió para remediar aquel desorden? ¡Apuesto a que no lo adivinaréis...! Un año más tarde, Pavlin se casaba con Liuba y sus dieciséis años, aquella muchacha fútil y afectada que



lo despreciaba con una perversa ferocidad, y seríais injustos si pensáis aunque solo fuera un instante que Pavlin la pudo haber forzado de alguna manera. No, en absoluto: aquello fue deseo de ella. Y ahora voy a contaros cómo se le ocurrió aquella idea.

IX

¿Cómo se casa la gente a veces? Finos observadores pretenden que la despreocupación humana no se manifiesta en ninguna parte tanto como en el matrimonio. Los hombres más prudentes –dicen–, compran sus zapatos con más cuidado que el que ponen en tomar compañera para toda la vida. En verdad, no sería raro que esa elección obedeciese simplemente al azar más ciego y malicioso.

Ese fue el caso para Pavlin y Liuba.

Por nada del mundo Liuba quería volver a la tienda, donde alguna muchacha le había soltado una grosería; con ese fin, ella armaba “jaleo” y, refugiada bajo el ala protectora de Anna Lvovna, se lamentaba amargamente por tener que ir a aquel lugar donde las gentes, incultas y groseras, no podían apreciar la excelencia de sus orígenes, pero eran capaces, en cambio, de vengarse de ella por esa cualidad.

Anna Lvovna respondía mientras la miraba: “Seguro que se vengarán de tí”.

Ambas estaban sentadas y trabajaban en el adorno de una lámpara en un confortable escritorio.

“¿Y qué es lo que Pavlin aún quiere que aprendas? ¡No lo comprendo!” –proseguía Anna Lvovna echando un vistazo sobre la labor de Liuba.

“En mi opinión tú ya eres una excelente operaria.

– Él quiere abrirme una tienda...

– Él... Permíteme decirte que él, tu Pavlin, no es más que un bufón empenachado. ¿Por qué quiere abrirte una tienda?

– ¿Pero qué hará conmigo?

– ¿Hacer contigo? Es muy sencillo. No comprendo por qué no te desposa.”

Liuba bajó la cabeza y guardó silencio. Sin duda ella aún no había pensado en el matrimonio, y, en cualquier caso, no era con Pavlin con quien debía imaginárselo. La generala veía que su idea, si bien no arraigaba del todo en la mente de Liuba, tampoco parecía asustarla.

“¿Cómo? –proseguía Anna Lvovna. ¿Crees que es fácil ser modista, mentirle a todos esos adefesios: “¡Está bien! ¿Cómo le queda?”, plegarse a todos los caprichos, arrodillarse ante cualquiera para tomar las medidas? Pues bien, mira, si tú te casas... eso será mucho mejor. Sobre todo con Pavlin. Así, no nos separaremos nunca, tú servirás el té o el café a los invitados, te daré algún dinero, para tu vestuario; por la noche, nos sentaremos juntas para nuestra labor, esperaremos el regreso de Volodia que nos dará las noticias. A él le gusta mucho hablar contigo, y siempre te sentirás como en tu casa entre nosotros.”

Liuba se sonrojó en silencio y finas lágrimas aparecieron en sus ojos. Pero la generala continuaba:

“Entonces, piénsalo bien, si abres tu tienda y un día te casas con un hombre quizá joven, pero sin educación, digamos un artesano o tal vez un funcionario, ¿qué beneficio sacarías de ello? Te pudrirás en ese medio. En cuanto a casarte con alguien distinto, de un rango más elevado, eso es muy difícil en tu situación.

— Lo sé —dijo ella entre sollozos.

— ¡Enhorabuena, qué joven más inteligente! Que le quieras o no, y sea cual sea su edad, Pavlin es de un extraño rigor, no te molestará en nada. Lo conozco desde hace más de veinte años y nunca ha faltado a la honestidad, a la prudencia y las conveniencias. Además, sin dar crédito a los rumores —habrá amasado a mi servicio no poco dinero—, sé que es un hombre ahorrador, que ha hecho ciertamente su agosto. Que abra los cordones de su bolsa y derrame sobre ti su pequeño tesoro. ¡Sí, amiga mía, tú lo mereces! Y él lo hará, ¿pues qué puede haber de más agradable para él que engalanar a una esposa tan joven y bonita? Créeme, las personas de su edad son más seguras que los barbilampiños como ese pintor que hace mi retrato, y no deja de lanzarte miradas.”

Liuba era todo fuego: por primera vez le decían que los hombres la miraban, y, lo que es más, esas palabras salían de la boca de una mujer tan seria como la generala, que atraía a la joven como el sol al heliotropo. Le resultaba agradable que Anna Lvovna la defendiese así. En un arrebató nervioso dejó su labor, se abalanzó contra el pecho de la generala y sollozó.

“Ayúdeme —balbucía—, la obedeceré en todo.”

Anna Lvovna la acarició, siguió instruyéndola y animándola, y concluyó en estos términos:

“Sólo temo una cosa: ¿quizá Pavlin te parece, en efecto, un poco viejo?”

Liuba guardó silencio.

“¿Quizá quieres verdaderamente un marido joven?”

— ¡Ah! Yo no digo eso —la interrumpió Liuba.

— Pues bien, si no lo dices, perfecto. Entonces que Dios te bendiga.”

A la joven muchacha le entró miedo al ver que todo se ataba de manera tan rápida y se apresuró a decir —sonrojándose—, que no se casaría con nadie. Pero Anna Lvovna le citó los versos del *Vestido Rojo*°:

“Pajarillo, tú no pasarás tu vida cantando, y tú, mariposa dorada, retozando en los campos”; después se echó a reír, alzó con la mano el rostro de Liuba y le preguntó:

“¿Quieres ingresar en un convento?”

— Me da lo mismo —susurró ella.

— ¡Oh, oh, oh! Mientes, no tienes ojos para ser monja. No, en el convento, le harías perder la cabeza a todos los hombres. Pondrían los ojos en ti, en vez de rezarle al Señor.”

La joven estalló en risas.

“¡Bueno, ese es el caso! Basta de bromas, piensa bien en tu decisión. Hace tiempo que quería hablarte de ello, y ahora te lo digo seriamente porque veo que nos quieres mucho...”

— ¡Sí, les quiero mucho, mucho! —dijo Liuba cubriendo de besos la mano de la generala.

— Bien, comprendo que después de habernos frecuentado, no puedas decididamente volver a estar con tus costureras del taller...

— ¡Seguro que no podría! Preferiría arrojarme al mar.

— Vamos, vamos, qué tiene de bueno arrojarse al mar, ¡eso es pecado! No honra a Pavlin, un hombre tan prudente, que te envíe a ese lugar donde sólo oyes palabras anticristianas. Ya le hablé de eso...

— ¿Usted le ha hablado de eso?

— Sí, y el está de acuerdo conmigo, pero reflexiona: ¿dónde puede colocarte? Es difícil encontrar algo que te vaya: gobernanta, tú no tienes la educación ni la instrucción necesarias; niñera, eres demasiado joven; costurera o doncella, eso sería muy duro para

él... Porque, al menos ha cuidado verdaderamente de ti, ¿no crees?”

Con una voz apenas audible Liuba dijo “sí” .

“Bueno, imagina que te acojo en mi casa...”

Liuba cayó a sus pies y exclamó:

“¡Acójame, ah, sí, acójame! ¡Por el amor de Dios!

– ¿Pero cuál será tu empleo?

– No importa con tal de que pueda estar en su casa...

– Pavlin, además, no estará de acuerdo; no lo verá bien y se negará; y más aún teniendo en la casa a un hijo adulto, un hombre. Verdaderamente, es un buen muchacho y a ti te quiere mucho, pero tú ya estás en edad de casarte: entonces eso no puede ser. Si, en cambio, te casas con Pavlin... todo se arregla a la perfección.”

Liuba permanecía callada, y Anna Lvovna proseguía:

“Mi consejo: escúchame y cástate con Pavlin, vivirás de la manera más tranquila del mundo; pasarás tu tiempo en nuestra casa. Yo soy vieja y me perdonarán la debilidad de mantenerte cerca de mí.”

Liuba aún estaba sin voz.

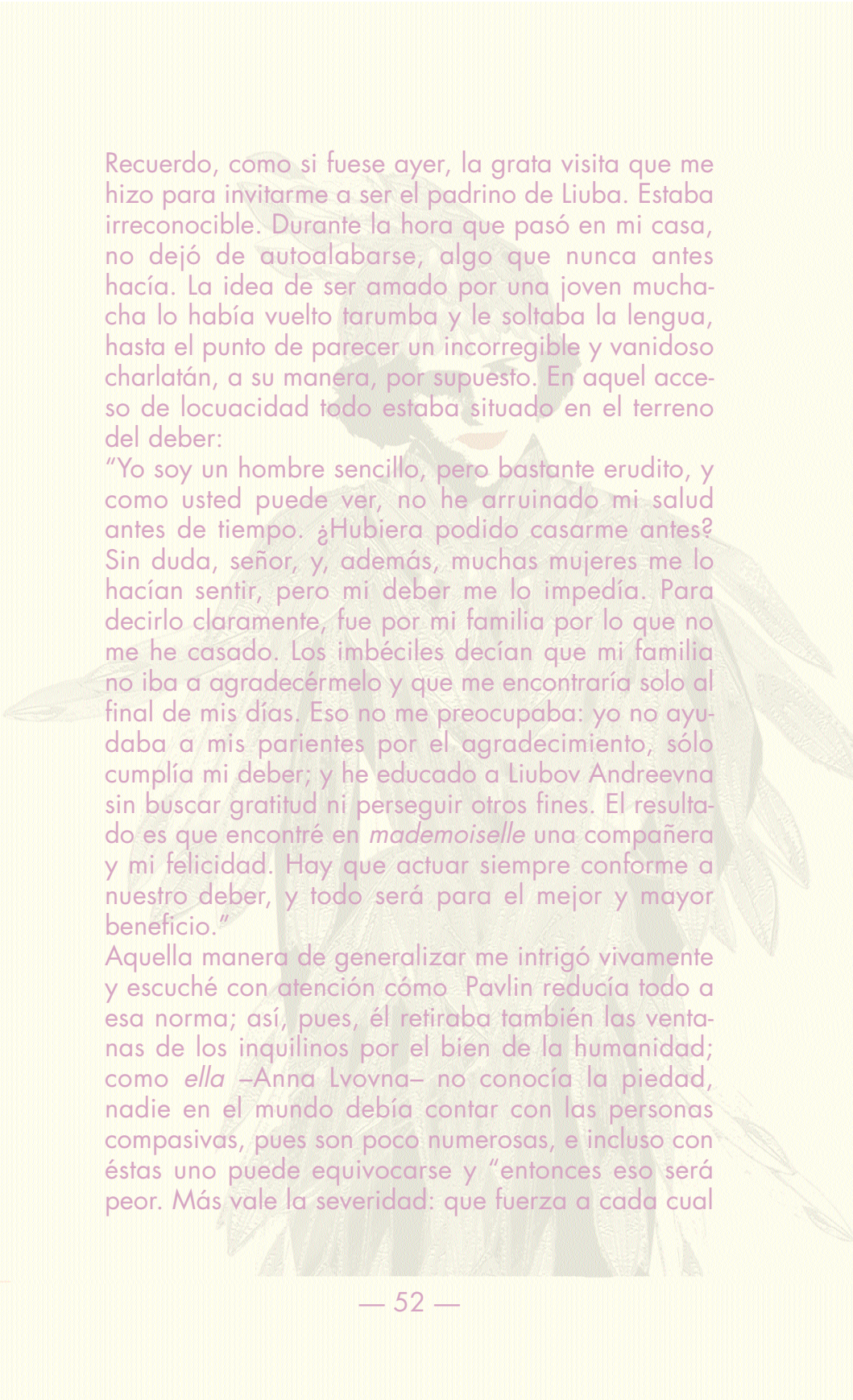
“¿Y entonces, qué? Hay que hablar y no callarse.

¿Será así, sí o no?”

Liuba agarró una vez más la mano blanda y gorda de su bienhechora y dijo:

– Usted sabe mejor que yo lo que necesito: consiento en todo.”

He ahí, pues, como fue urdida, de improviso, la intriga que causó la desdicha de Pavlin y Liuba, de la que en verdad él estaba locamente enamorado, sin atreverse no obstante a pensar en ella. Cuando la generala hubo ajustado su golpe y le abrió de par en par las puertas del paraíso, Pavlin perdió la cabeza, se hizo sordo a la voz de la razón que le prohibía soñar con Liuba.



Recuerdo, como si fuese ayer, la grata visita que me hizo para invitarme a ser el padrino de Liuba. Estaba irreconocible. Durante la hora que pasó en mi casa, no dejó de autoalabarse, algo que nunca antes hacía. La idea de ser amado por una joven muchacha lo había vuelto tarumba y le soltaba la lengua, hasta el punto de parecer un incorregible y vanidoso charlatán, a su manera, por supuesto. En aquel acceso de locuacidad todo estaba situado en el terreno del deber:

“Yo soy un hombre sencillo, pero bastante erudito, y como usted puede ver, no he arruinado mi salud antes de tiempo. ¿Hubiera podido casarme antes? Sin duda, señor, y, además, muchas mujeres me lo hacían sentir, pero mi deber me lo impedía. Para decirlo claramente, fue por mi familia por lo que no me he casado. Los imbéciles decían que mi familia no iba a agradecerme y que me encontraría solo al final de mis días. Eso no me preocupaba: yo no ayudaba a mis parientes por el agradecimiento, sólo cumplía mi deber; y he educado a Liubov Andreevna sin buscar gratitud ni perseguir otros fines. El resultado es que encontré en *mademoiselle* una compañera y mi felicidad. Hay que actuar siempre conforme a nuestro deber, y todo será para el mejor y mayor beneficio.”

Aquella manera de generalizar me intrigó vivamente y escuché con atención cómo Pavlin reducía todo a esa norma; así, pues, él retiraba también las ventanas de los inquilinos por el bien de la humanidad; como *ella* —Anna Lvovna— no conocía la piedad, nadie en el mundo debía contar con las personas compasivas, pues son poco numerosas, e incluso con éstas uno puede equivocarse y “entonces eso será peor. Más vale la severidad: que fuerza a cada cual

a asumir sus responsabilidades y, cuidándose de los infames, a salir bien librado de todo.”

Menos de dos semanas más tarde, Pavlin se convirtió en el esposo de su pupila Liuba, por cuya gracia, y por gracia de aquellos que no tuvieron ninguna consideración ni por sus méritos, ni por sus cabellos blancos, ni por la firmeza y honestidad de su carácter, pronto iba a abrazar también la palma del martirio.

X

¿Habré hecho al comienzo de mi narración un adecuado retrato de la generala Anna Lvovna? Sin duda, no. Vuelvo a él, pues, y añado que aquella mujer dura, seca y codiciosa, era también la persona más cruel y calculadora que imaginar se pueda, que no se detenía ante nada con tal de sacar el menor provecho. Estaba siempre dispuesta a sacrificar de la manera más fría del mundo la felicidad y hasta la vida de su prójimo para satisfacer sus intereses más mezquinos. Es lo que había hecho al unir por los lazos del matrimonio a Pavlin y Liuba, un hombre ya mayor y un capullo. Ella sabía que Liuba no podría amar a Pavlin, pues la enorme diferencia de edad, la rudeza del mayordomo, su severa apariencia, todo hacía pensar que Liuba jamás se adaptaría a su marido y que no tendría para él otros sentimientos más que temor y aversión, no tanto por el hombre de edad avanzada como por el lacayo... Aunque

Anna Lvovna llevaba mucho tiempo muerta para las pasiones, no por eso era menos mujer; sabía que en la unión maquinada por ella, Liuba conocería muchos momentos de hastío que, sin devorarla furiosamente, envenenarían lentamente su alma. Pues un mal así engendra la melancolía, ésta alimenta una imaginación desordenada que, a su vez, abre la puerta a las ideas más descabelladas. La generala sabía que un joven cerebro dotado de tal imaginación pronto se entregaría a las comparaciones y que la realidad vivida nunca es más fuerte que una loca quimera, porque es siempre la quimera quien se impone... y entonces Liuba se desbocaría y acabaría encontrándose en las manos de Anna Lvovna. No vayáis a pensar que me equivoco al deciros que la generala tenía necesidad de que Liuba cayera entre sus manos. No, verdaderamente tenía necesidad. Para abreviar mi historia, os diré sin titubeos que casándolos, Anna Lvovna había concebido una intriga de las más crueles, cuyo sentido y desarrollo le habían sido inspirados por los sentimientos más nobles que existen: los de una *madre*.

Volodichka, que servía en un distinguido regimiento, le salía caro; además, su conducta era errática. Anna Lvovna quería retenerlo un poco en casa, pero él sólo pensaba en ir de acá para allá. Era muy pronto para casarlo; se decía que era el preferido de las mujeres de vida alegre, pero no tenía en verdad ningún éxito en esos ambientes; las bellas extranjeras de la "marina"¹⁰, ya por entonces, les salían tan caras a sus admiradores que al menor eco de un acercamiento entre Volodichka y aquellas sanguijuelas, la generala temblaba, pero él le hacía valer que un hijo de la aristocracia rusa tenía que vivir como las "gentes bien"; pero, por eso él quería, evidentemente, afir-

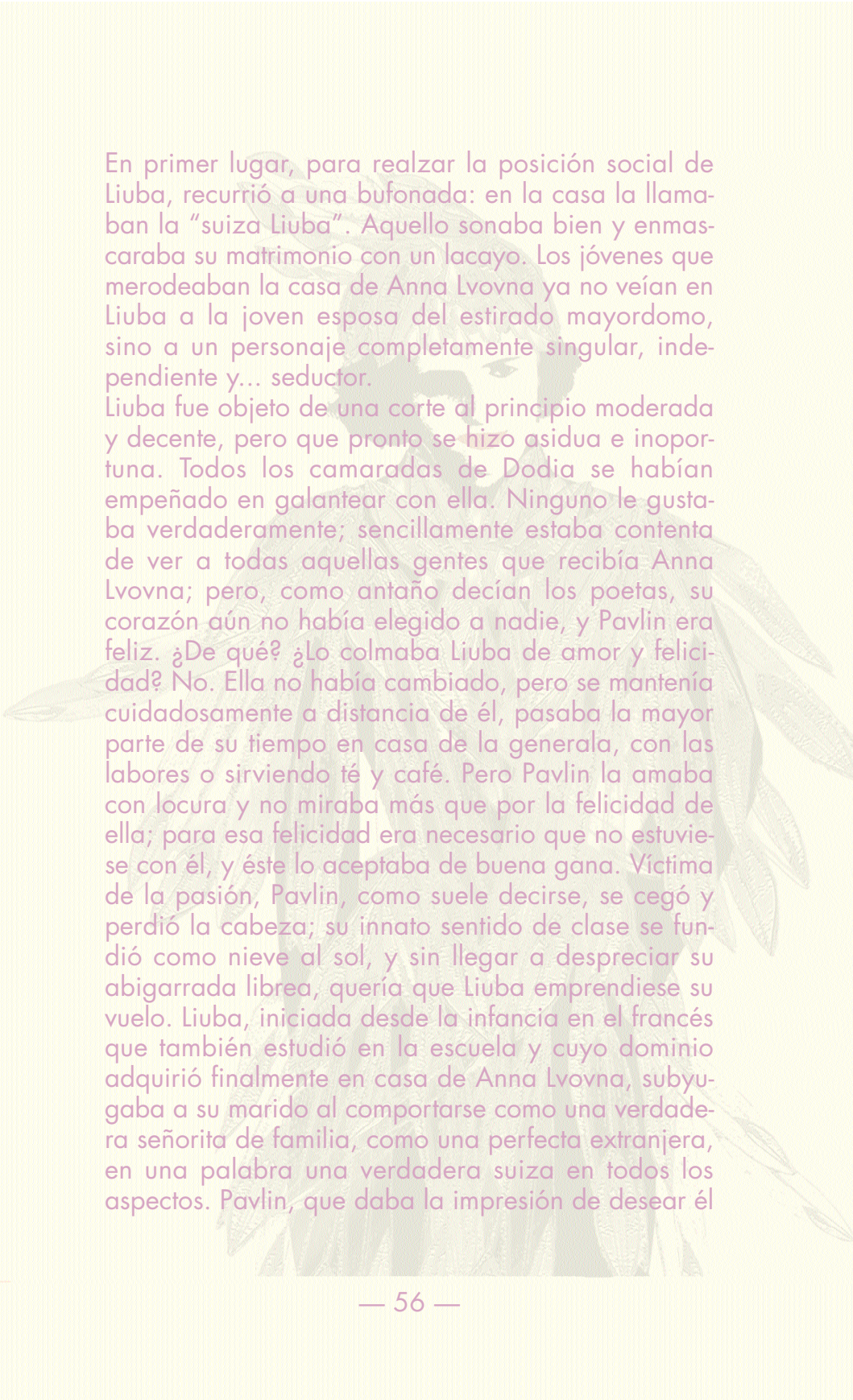
mar su derecho sobre alguna protegida que supiese comportarse como alegre compañía en los restaurantes de la "marina". La generala consideraba que aquello era indispensable para un oficial de caballería, por añadidura hombre de mundo, pero, aún como hoy, eso costaba los ojos de la cara. Después de largas noches pasadas en meditación, aquella buena madre creyó encontrar la panacea en la persona de Liuba. Liuba, joven, bella y seductora, a condición de *espabilarla* un poco, podría muy bien servir de compañera para las idas y venidas de Dodia; y que supiese hacerse amar por ella, ¿quién podía dudarle?

A los ojos de su madre, él no era un mal muchacho; ciertamente, ella lo trataba de "idiota de servicio", pero tenía un uniforme tan bello, sabía acompañar las romanzas que cantaba y que, por aquel tiempo¹¹, le hacían volver la cabeza a las damas, como la del "valiente inquilino":

*"¡Qué bello es, verdad, mamá,
Nuestro valiente inquilino!*

*Con su túnica de oro bordada
Y cómo arden sus mejillas.
¡Dios mío, Dios mío!
Ah, ¿cuándo será mío?"*

Anna Lvovna sabía que el poco encanto del que disponía su "idiota de servicio" era suficiente, ampliamente suficiente, para una mujer frívola de diecisiete años con un viejo marido de quien tenía vergüenza... En ese juego, ¡todas las veces se gana! Y comenzó a trucar las cartas.



En primer lugar, para realzar la posición social de Liuba, recurrió a una bufonada: en la casa la llamaban la "suiza Liuba". Aquello sonaba bien y enmascaraba su matrimonio con un lacayo. Los jóvenes que merodeaban la casa de Anna Lvovna ya no veían en Liuba a la joven esposa del estirado mayordomo, sino a un personaje completamente singular, independiente y... seductor.

Liuba fue objeto de una corte al principio moderada y decente, pero que pronto se hizo asidua e inoportuna. Todos los camaradas de Dodia se habían empeñado en galantear con ella. Ninguno le gustaba verdaderamente; sencillamente estaba contenta de ver a todas aquellas gentes que recibía Anna Lvovna; pero, como antaño decían los poetas, su corazón aún no había elegido a nadie, y Pavlin era feliz. ¿De qué? ¿Lo colmaba Liuba de amor y felicidad? No. Ella no había cambiado, pero se mantenía cuidadosamente a distancia de él, pasaba la mayor parte de su tiempo en casa de la generala, con las labores o sirviendo té y café. Pero Pavlin la amaba con locura y no miraba más que por la felicidad de ella; para esa felicidad era necesario que no estuviese con él, y éste lo aceptaba de buena gana. Víctima de la pasión, Pavlin, como suele decirse, se cegó y perdió la cabeza; su innato sentido de clase se fundió como nieve al sol, y sin llegar a despreciar su abigarrada librea, quería que Liuba emprendiese su vuelo. Liuba, iniciada desde la infancia en el francés que también estudió en la escuela y cuyo dominio adquirió finalmente en casa de Anna Lvovna, subyugaba a su marido al comportarse como una verdadera señorita de familia, como una perfecta extranjera, en una palabra una verdadera suiza en todos los aspectos. Pavlin, que daba la impresión de desear él

mismo todo eso, dejaba al mismo tiempo crecer en él una singular debilidad, realmente extraña, ante los caprichos de Liuba. En todo momento el pobre viejo parecía molesto por el hecho de que hubiesen nacido, ella señorita, y él lacayo. Nunca pensó que podría amarla y borrarse ante ella hasta ese punto. No hacía nada contra eso, no se sublevaba; al contrario, encontraba placer en servirla y mimarla. La vestía como una muñeca, la vestía precisamente para que pareciese una verdadera suíza. Aquello merma- ba considerablemente sus preciosos ahorros, que, ni que decir tiene, eran modestos; soportaba todo eso sin chistar, reduciendo sus gastos personales en todas partes donde podía reemplazarlos por su trabajo. Ciertamente, después de su matrimonio no faltó a sus obligaciones de servicio, pero ya no le queda- ba mucho tiempo para leer sus novelas, pues, por la mañana, cuando Liuba, aseada y vestida subía a casa de Anna Lvovna, Pavlin arreglaba la habita- ción, inspeccionaba y ordenaba el ropero de su mujer. Arriba, Liuba hacía bordado inglés para la generala, mientras que abajo Pavlin se encerraba en su pequeña y aseada pieza para sacarle brillo a las botas, coser los adornos de satén, reforzar botones y broches; calentaba las planchas en una pequeña estufa redonda, y, cuando éstas ya estaban a punto, sacaba del armario una pequeña mesa cubierta de lustrina, y se ponía a planchar y doblar puños, fal- das y chorreras. Pavlin, que llevaba a cabo esas tareas para ahorrar, pronto consiguió una gran des- treza en el arte del planchado y plegado, pero el ahorro así conseguido era ínfimo a la vista de los exorbitantes gastos que acarreaba la elegancia de Liuba y el encarnizamiento de Pavlin en mimarla con buenos trajes, que ella nunca pedía, pero con los que el viejo hombre enamorado creía colmarla.

A ojos de los visitantes de Anna Lvovna, Liuba, así mimada y cuidada, no tenía ningún inconveniente en pasar por la interesante "suiza", una extranjera, mujer bella y seductora a quien nadie se reprocharía divertir: hablaban, reían, bromeaban, en una palabra, estaban en pie de igualdad con ella. Entre los amigos de Dodichka, un muchacho, que tenía algún talento para bosquejar retratos de mujeres, pasaba su tiempo dibujando en los álbumes la rubia cabeza de la suiza Liuba. Aquellos esbozos tenían mucho éxito entre la "juventud dorada" y le aseguraban a Liuba una cierta popularidad. Sin saberlo, se convirtió en amante ejerciendo su atracción magnética sobre muchos jóvenes que deseaban ver el original de aquellos famosos retratos. Tuvo entonces cada vez más admiradores: la cortejaban, y la generala cerraba los ojos. Pavlin, en cuanto a él, manifestaba hacia su joven mujer una tolerancia que no encontraréis en muchos sermoneadores vocingleros de la libertad de los sentidos y la igualdad de sexos. Por esa época, además, le entró una chifladura: quería *rejuvenecer* y se procuró para eso un libro raro, según él, del que sacaba provechosas enseñanzas. Me contó un día, por ejemplo, que había encontrado "confirmación de sus propias normas relativas a las obligaciones del hombre, que, si observa la moral del deber, podrá llegar a vivir al menos cien años." Apoyándose en ese libro, Pavlin consideraba sus cincuenta años como el momento de la *mayoría de edad* y aseguraba que, "sólo mueren antes de los cien años los idiotas, sólo enferman los descarriados que no comprenden la práctica de la vida." Él, por supuesto, estaba convencido de poseer perfectamente aquella "práctica".

"Yo nunca he estado enfermo —decía—, y no veo por

qué voy a estarlo. Vive como conviene, no bebas ni alcohol ni café, tu pecho tampoco ahumes, y enfermo no caerás. Duerme sin almohada, recto en la cama, y no te doblarás. Come salado y bebe acidulado, morirás y tu cuerpo conservarás.”

Las simplezas de Pavlin me abrieron el secreto de su higiene cotidiana, pero en mi opinión tenía pocas posibilidades de que todo aquello complaciese a la joven y fresca Liuba.

No encontraba nada que decir ante el hecho de que Liuba no vivió casi nunca en su celda de mayordomo, alegrada después del casamiento por cortinas nuevas, flores y canarios. Ni se ponía celoso cuando los jóvenes que salían de casa de Anna Lvovna, al mismo tiempo que recibían los abrigos de sus manos, hacían por descuido elogios poco discretos de la belleza de la “suiza”. Pavlin se contentaba entonces con sonreír en silencio bajo sus espesos bigotes.

Aquel hombre prudente y razonable, honesto y exigente consigo mismo, incapaz de truhanería o traición, era también incapaz de sospechar de los demás, y he ahí por lo que estaba completamente ciego, a pesar de su espíritu puro y limpio. Ilustraba perfectamente estas palabras de Bacon: a fuerza de filosofar algunas personas se convierten en lechuzas que ven en la oscuridad de sus raciocinios, pero no ven ni gota en la luz de la acción; son incapaces de ver lo evidente. Como “los hijos de este siglo están más advertidos en su generación que los hijos de la luz”¹² y como Pavlin en su generación era hijo de la luz y esclavo del deber, entonces los hijos de este siglo han estado más advertidos que él y lo han despojado...

Liuba fue de una vez para siempre apartada de su marido; después, como era de esperar, ella se extra-

vió y fue traicionada a su vez. No voy a contaros cómo ocurrió eso, pues yo no estaba allí y nadie me ha dado los detalles. ¿Pero es tan importante conocerlos? El hombre que tenía un rebaño de ovejas se apropió de la oveja de aquél que sólo tenía una, eso es lo esencial¹³.

XI

¿Hay necesidad de deciros a quién iban los favores de Liuba? No será difícil adivinar que entre los muchos asiduos que aceptaba, debía dejar que Woldemar –favorecido además por las condiciones domésticas– se llevase la parte del león. Liuba se pasaba los días y las noches bajo el mismo techo que él... y fue menos por pasión que por debilidad por lo que se rindió a sus acosos. Lo creía capaz de vengarse de ella dificultando lo que más estimaba: la buena disposición de Anna Lvovna en su favor; cuando él se mostraba hosco o la enojaba, ella veía a su benefactora apenarse, llorar, sufrir... Liuba no podía evitar secarle las lágrimas.

Dodia era un tipo vanidoso, que hacía valsar los rublos cuando los tenía; y cuando le faltaban, los conseguía firmando pagarés al trescientos por cien. Además, no tenía *favorita* para presentar en las cenas galantes. Creyó que Liuba le convenía para desempeñar ese papel, y la predestinó y redujo a eso. Y para su primera salida al mundo, fue aprestada y vestida por las propias manos de Pavlin (él me lo contó más tarde, en uno de los peores momentos de su vida).

He aquí los hechos: era invierno, y en la ciudad se deban bailes y fiestas; Anna Lvovna, deseosa de procurarle una satisfacción a la pobre Liuba, decidió prepararla para un baile de disfraces que se celebraría en el salón de la nobleza. Pavlin había sido informado un mes antes, y en la casa todo el mundo se afanó en la confección del vestido, desde Anna Lvovna a Pavlin, quien, contra su costumbre, fue sistemáticamente apartado de su cargo, pues recorría las tiendas a la busca de los adornos necesarios para el mágico vestido de Liuba. La realización, que exigía la mano de un artista, estaba asegurada por el amigo y camarada de Dodia, el que esbozaba tan bellos retratos de Liuba. Evidentemente, aquella animación creó una cierta intimidad entre los jóvenes, y eso difuminó en la cabeza de Liuba aún más la imagen de su viejo lacayo de marido. Finalmente el traje estuvo dispuesto: un logro perfecto. Pavlin contempló a su mujer descendiendo la escalera de honor en compañía de un familiar de Anna Lvovna y los caballeros que formaban la guardia de Liuba, entre los cuáles el artista principal y Dodia.

El vestido representaba la *Aurora*. Llevaba una etérea túnica de gasa de colores vaporosos y sombríos. El borde del amplio vestido, en gruesos pliegues, era negro como la noche, pero más arriba, las tinieblas se difuminaban, se suavizaban en insinuadas medias tintas y daban paso a otros colores más ligeros y vivos; por encima del talle el vestido se hacía aéreo, el cuerpo de Liuba parecía extenuado y se consumía como una nube, y en el corazón de aquella misma consunción, su cabeza brillaba con mil fuegos, coronada por un lirio y una rosa roja; en sus hombros, alas de cera, adornadas con una miríada de flores, irisaban a la luz; tenía en la mano una tea

dorada con engarces de nomeolvides azules y dobles adormideras. El sueño y el despertar, el oscuro adormecimiento de las pasiones y su abrazo: Liuba portaba todos esos signos gracias a los excelentes arreglos. Esa era la Liuba que Pavlin había ayudado a sentar en el carruaje; cuatro horas más tarde, ayudaba a descender de él a otra completamente distinta: alas fundidas y deshechas, vestido desgarrado, tea quemada...

Liuba no le dirigió ni una palabra a su marido, no quiso probar ni el pollo asado ni el postre con que él deseaba halagarla. Se arrancó lo que quedaba del vestido, y corrió hacia su cama, se volvió contra la pared, y permaneció inmóvil en esa postura el resto de la noche y todo el día siguiente. Pavlin velaba para que descansase largamente, pero ella no dormía; primero lloró mucho, después permaneció tumbada, con el rostro ardiendo y la mirada perdida en algún punto.

No se necesitaba ser muy perspicaz para comprender que Liuba había apostado fuerte. Quería abrirse a Pavlin, pero cambió de opinión y, por la noche, se vistió y fue a casa de Anna Lvovna para lamentarse de Woldemar. Sin embargo, como su cabeza no encontraba el modo de articular sus agravios acabó por olvidar el asunto y se contentó con dirigir sus reproches a Dodia en persona... y la paz se selló con un beso. Pero Dodichka no se contentaba con ser amado por Liuba y poseerla; para un personaje así, la relación femenina consistía ante todo en presumir con su amante, en exhibirla y vanagloriarse de ello, cosa que —por lo demás—, hizo. En su trineo la virtud de Liuba se deslizaba por una vertiente peligrosa. Así, pues, secretas aventuras galantes y bailes de disfraces se sucedieron. Cuando a una hora intempesti-

va, Pavlin, adormilado en su sillón o tumbado sin almohada en un banco detrás de la columnata, esperaba el regreso de las gentes del bello piso, estaba muy lejos de imaginar que durante aquel tiempo su mujer no se aburría esperando en casa de Anna Lvovna, sino que frecuentaba en dominó negro las iluminadas salas de los bailes –del brazo de la juventud dorada–, y que a la hora en que él se despertaba y dirigía un pensamiento a su mujer allí arriba, en los apartamentos de la generala, la dulce Liuba, aturdida por los efluvios del champán, descendía con paso inseguro las escaleras de un restaurante francés, después subía a una troica tintineante, aspirando ávidamente el aire fresco con su garganta enardecida y le tarareaba cancioncillas a su compañero, que la abrazaba contra su pecho bajo una cálida pelliza.

Ni visto ni oído, se lo pasaron en fiestas un buen cabo de tiempo. San Petersburgo no es la provincia: aquí, todo el mundo se las arregla bien. Los patios de los inmuebles de doble entrada, que abundan en la capital y que tanto le gustaban al Osip de Gógol¹⁴, sirven para no dejarse sorprender, y Liuba llevó a cabo la experiencia. Dejando pronto a un lado cualquier timidez o vergüenza por ultrajar la encanecida cabeza de su marido, abandonó aún más rápido cualquier preocupación por ocultarle su conducta. Las circunstancias le eran tan favorables que la traidora creía no correr ningún riesgo. La anciana generala se retiraba temprano a su aposento y cerraba herméticamente la puerta del pequeño oratorio donde Liuba dormía en un diván forrado con un espeso tapiz; ésta no tenía, pues, ninguna dificultad para levantarse, y ponerse sus más bellas galas que la esperaban en los armarios de Anna Lvovna. La

dueña de la casa dormía profundamente o bien estaba entregada a sus cuentas, y jamás oía aquellos preparativos. Además, en su simpleza, nunca se preocupaba de las entradas y salidas de unos u otros. Liuba y Dodichka enfilaban la escalera de servicio y, por la puerta trasera, ganaban la calle donde les esperaba un intrépido fiacre, una troica desenfrenada. Pronto sus huellas eran barridas por el viento y la nieve. Después, nuestra madre la noche lo cubría todo con su negro manto. Al amanecer, entraban por el mismo camino; uno iba a su escritorio, la otra al oratorio donde podría derramar algunas lágrimas al contemplar los rostros severos, débilmente iluminados, de los iconos tutelares. ¿Pero lloraría Liuba, al pie de los iconos, por haber caído tan bajo? Seguramente, lloró, al principio un poco y más tarde mucho, después de su fulgurante travesía por el mundo galante.

¡El mundo galante!... Ese medio poco conveniente, pero tan seductor, ha sido evocado por muchos escritores en todos los países evolucionados, donde forzosamente ocupa su lugar, pero en ninguna parte encontramos una descripción del mismo que sea completa, exhaustiva, presentándonos la psicología de esa vida que ejerce una fascinación monstruosa y fatal. Entre nosotros, nunca ha sido objeto de un estudio ni mucho ni poco serio.

XII

El mundo galante rebosa de pasiones más ardientes que el resto del mundo. Nuestra suiza se vio arrastra-

da por su nueva existencia y desempeñó un papel considerable en ese medio. Dodichka la *introdujo* con sumo esfuerzo en el círculo de la "navegación marítima"; ella respingaba y se turbaba, y, para que aceptase, Dodia debió jurarle que aquéllo era necesario para su brillante carrera. Ella amaba a aquel muchacho y comprendía que su gloria reclamaba una mujer para lucir como lo hacían los otros con mujeres de la misma ralea. Liuba se lanzó entonces en aquella competición inseparable del mundo galante. Su amor propio no tardó en ser herido: veía al cobarde Woldemar dudando si sacarla por miedo a que ella no estuviese a la altura de las circunstancias y ofreciese una pobre imagen entre las demás, es decir que se mostrase más tímida y torpe, que hablase con menos vivacidad, ingenio y picante que Irene, Jacqueline, Fadette y Lisette, famosas en esas lides. En modo alguno desprovista de inteligencia y delicadeza, Liuba cayó en la cuenta de aquel descortés propósito; su orgullo de mujer bella y vanidosa le imponía sobresalir en aquel fango en el que se había metido, y ejecutó a la perfección todo lo que había paralizado su herido orgullo. Dodichka no encontró motivos para sonrojarse de Liuba: ésta asumió pronto su papel y lo desempeñó con tal aplomo que las leonas marinas, francesas de pura sangre, debieron reconocer el triunfo completo de "madame Pauline". Ella tuvo así su época, su tiempo, donde la atmósfera de los clubs frecuentados por la juventud dorada respiraba ese nombre famoso. Se hablaba de madame Pauline durante el "paseo soleado", en el patio de butacas del teatro, en los comedores de los restaurantes y en las citas de los libertinos a las entradas de los inmuebles. Ese dulce nombre llegó más de una vez a oídos de Pavlin, ¿pero qué bien podía causar-

le eso, a él, que ignoraba lo que representaba? No obstante, el éxito de Liuba iba a más, su equívoca estrella ascendía en el firmamento; no contenta con ocupar un lugar envidiado, reinaba como amante en aquel mundillo de oropeles. Pasar una velada con madame Paulin era el summum de lo "incorrecto", pasearla en su troica una dicha; y para cenar con ella *a dos*, muchos jóvenes inmolaban pequeñas fortunas para una tal felicidad. Sin embargo, Liuba no estaba en venta: ella amaba a Dodia, y ese amor extravió de veras al muchacho. Éste se engalló, se forjó una opinión tan alta de su persona que finalmente creyó que ninguna mujer podía encontrar un hombre de su valía. Las rivales, que se morían de celos y rabia hacia Liuba, se aprovecharon de ello: las pérfidas mimaron al vanidoso Dodia y lo aturdieron entre sus brazos, después lo pregonaron todo a la luz del día. A Liuba se le partió el corazón y respondió con la indiferencia. Durante esa época, limpiaron los bolsillos de Dodia y lo desplumaron con tanta destreza y descaro que sin haber tenido tiempo para decir ¡uf!, se encontró endeudado hasta el cuello. Historia banal si queréis, pero que tuvo un final sorprendente.

A medida que se fundía el dinero de Dodia, las rivales de Liuba dejaban de lado al traidor. Cuando se sintieron hartas de venganza y no vieron ya nada más ventajoso en él, fue abandonado a su triste destino. En el mismo instante Pavlin comenzó a abrir los ojos. Tan fuerte para ocultar su amor, Liuba fue incapaz de disimular su sufrimiento. Lo primero que hizo fue abandonar los apartamentos de su benefactora y se encerró en casa de su marido. Evidentemente, aquel no era un primer paso que sugiriese un retorno a las buenas costumbres; lo que quería, sencilla-

mente, era ignorar por algún tiempo a su infiel Dodia: la pobre muchacha esperaba así hacerle creer que le era indiferente y que podía pasarse muy bien sin él... Después, al parecer, languideció de nuevo tras las emociones pasadas, volvió una vez más a sus goces y placeres, pero entonces —a causa de su falta de experiencia y destreza—, no pudo impedir que la música tocase un aire que no era de su composición. Pavlin intentó penetrar el secreto de la cruel pesadumbre que la atormentaba. Se preguntó primero si Anna Lvovna no habría ofendido a Liuba, pero ésta le aseguró que la generala no tenía nada que ver con ello. Entonces las sospechas de Pavlin tomaron otro rumbo que lo llevaron muy cerca del final. Súbitamente comprendió: ¿no sería el señor Woldemar quien ultrajó a su mujer? Se sobresaltó y le pareció que su corazón se desgarraba. Aún estaba bajo aquella turbación cuando, inesperadamente, se encontró cara a cara con Dodia que volvía a casa, pálido y desencajado: una desastrosa figura humana.

Pavlin cogió el capote que le lanzaba el joven, después lo siguió con la mirada, sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación, y cuando iba a reemprender la limpieza de la entrada sintió un golpe violento en la espalda. Se volvió y vio a dos agentes de la policía y un oficial que le preguntaron si el hijo de Anna Lvovna estaba allí. Pavlin respondió afirmativamente y los tres hombres subieron la escalera, dejando en la puerta a dos soldados, un inspector del comisariado y un inquieto anciano, que tenía aspecto de judío. Pavlin vio que ocurría algo grave y quiso prevenir a Anna Lvovna, pero el policía se dio cuenta y lo retuvo.

El asombro de Pavlin fue en aumento cuando supo

que el inspector había ordenado detener a Liuba y registrar su habitación.

Quiso decir algo para preservar su vivienda, pero a la primera palabra el inspector le golpeó en la boca exclamando:

“Vamos, dinos, ¿tienes el sombrero atornillado a la cabeza o tienes miedo de enseñar tus cuernos?”

“¿Mis cuernos? –dijo Pavlin, desconcertado.

– ¡Sí, tus cuernos, tus cuernos! –replicó el otro sin vergüenza—. Maldito imbécil, ¿aún no sabes que los llevas? Puedes darle las gracias a tu preciosa mujercita por el regalo y besar su diestra mano en afanar las cómodas de la gente...”

Pavlin no entendía ni comprendía ya nada. Estaba anonadado por aquellas dos palabras: “cuernos” y “cómodas”.

“¿Qué ha hecho Liuba? ¿Qué ha podido hacer para que la registren y que finalmente... la arresten?”

Sí, ella había sido arrestada, y Dodichka también, con la única diferencia de que él fue conducido en carruaje y Liuba fue llevada a pie a la comisaría, entre un policía y un soldado.

XIII

Cuando Pavlin recobró el ánimo, Dodichka y Liuba ya no estaban allí. Entonces se fue a toda prisa a la

comisaría donde le explicaron por qué había sido arrestada su mujer; a hora muy avanzada, se presentó de punta en blanco en mi casa, y me pidió que le dejase pasar allí la noche, pues tenía *miedo* de permanecer en las dependencias de Anna Lvovna, “habiendo comprendido las cosas, temía –bajo el arrebatado de la ira–, cometer una locura.” Naturalmente, acepté, y fue así como comenzó una de las noches más extrañas de mi vida; durante algunas horas, viví en el abismo de un alma extraña de la que yo mismo pude sentir tanto el ardiente fuego del amor y el sufrimiento, como el frío mortal de una terrible desesperación. Pavlin se encontraba en un estado de excitación extrema, raro e incomprensible. Para definirlo mejor, utilizaré con mucho gusto el vocabulario bíblico: había sido *arrebatado en éxtasis*, transportado fuera de sí mismo y llevado a un especial grado de contemplación que le abría la mirada a un mundo secreto.

Quizá lo recordéis: hay en el Ermitage, no lejos de la sala de los Rubens, un pequeño *Juicio Final*, pintado con una extraordinaria precisión en los detalles por un maestro de la edad media¹⁵. En el centro del cuadro hay una figura emblemática que simultáneamente ve en lo alto a Dios en su gloria celestial y abajo los abismos del infierno, con el Príncipe de las Tinieblas y los monstruos abominables atormentando a los pecadores.

Cada vez que contemplo esa obra y la figura que acabo de describir, pienso en Pavlin, tan parecido es su estado de alma a la situación de ese rostro emblemático.

Pavlin, si podemos decirlo así, sufría el martirio, pero un martirio triunfante y ferviente; no se dejaba abatir, no gemía, pero tampoco se encerraba en ese

silencio altivo y severo que a menudo es considerado como fuerza de carácter. Al contrario, meditaba sobre su desgracia y sus causas, sobre el hecho de que aún podía hundirse más y arrastrar a otro ser en su caída; todo lo que se había abatido sobre él, lo aceptaba como un golpe de férula merecido, y habló a partir de entonces con el tono más inesperado para mí, el del *mea culpa*. En mi casa, se sentó en la sala sin esperar a que yo se lo indicase, se pasó algunos minutos en un profundo silencio, pasando su mirada de un objeto a otro, frotándose cada rodilla con la mano opuesta, después me echó una mirada dura y cansada, antes de preguntar:

“¿Está usted al corriente?”

Intuí que se trataba del destino dramático de su mujer, y, para no imponerle la prueba de un nuevo relato, le respondí que sí.

Apresado entre sus pensamientos, movió la cabeza y dijo en voz baja: “¡Es horrible!” Después se recuperó y añadió con presteza:

“Discúlpeme por haberme sentado... así.

– ¡Por favor, Pavline Petrovich!

– Mis rodillas flojean... He permanecido de pie... horas... Sólo pude calmarme... cuando me dejaron verla. Quería tener confirmación de todo.

– ¿Entonces la ha visto?”

No respondió, pero asintió con la cabeza; un minuto después, comenzó a murmurar con un tono misterioso:

“¡Qué nobleza! Ella me ha abierto su alma... Ha llorado contra mi pecho y me ha pedido perdón...”

– ¿Usted ha perdonado?”

– Por favor, ¿perdonar qué? Ha sido ella quien, abriéndome su alma, me ha permitido ver claro en el fondo de mí mismo, y me he quedado horrorizado,

señor. Su falta se ha expresado en un canto elevándose a los cielos como la ligera golondrina, pero mi pecado, como un infatigado cuervo, gime y permanece clavado al suelo... Vengo de estar con el sacerdote; él me consoló, y me dijo: "Tú has respetado la ley, pero ella ha sido una esposa infiel." ¡Permítame! Todo eso, es como las hojas de la higuera: es imposible cubrirse con ellas. Sabe Dios donde yo estaba cuando uní su juventud a mis viejos huesos. Yo le he causado violencia: me doy cuenta que he caído y me he derrumbado como una montaña... ¿Cree que soy el mismo que era ayer o anteayer? No, no. En este día de aflicción el Señor me ha dispensado su gracia: he comprendido que soy polvo, que estoy hecho de barro y que los paladines de los tormentos pueden enviar sus ejércitos a doblarme el espinazo y sembrar pasión, orgullo, impureza, lujuria y celos, y... y... el deseo de homicidio... ¡Ah!"

Se levantó de golpe y prosiguió, recorriendo la pieza de un lado a otro:

"Perdóneme... Yo... no merezco el perdón de nadie, pero por el amor de Cristo, en el nombre de Cristo... ¡perdonad! Hablo sin parar y... no consigo callarme... Un espíritu en el vientre... me presiona, como en el odre cerrado el vino que fermenta, y... golpea mi conciencia y moviliza mi lengua¹⁶... Se lo ruego... Si me sucede algo... deben saber que soy yo quien la he perdido, mientras que *ella*... sencillamente ella no ha podido domeñar sus sentimientos amorosos... ¿La acusaré yo, a esa frágil vasija de barro, cuando yo la codicié, a ella y su juventud, con el mismo pecado?... El Señor tiene razón... al castigarme. Bendigo el alma de ese hombre y haré todo lo posible para su felicidad.

– ¿Qué quiere decir?

– Quiero hacer... de manera que... no les moleste.

– ¿Pero cómo...? ¿Que quiere usted morir?"

Me miró y súbitamente me sonrió, con una sonrisa extraordinaria que le dio a su altivo rostro una expresión de bondad y encanto, como nunca le había visto. Después dijo:

"Muriendo alcanzo la vida. Hay que salvar su alma. Mi mujer ha sido puesta en libertad, ella es completamente inocente... Fue él quien ha robado objetos preciosos en casa de una... dama e hizo recaer las sospechas sobre Liuba... Eso es todo. Pero ella le ama, y... sufre... por él. Ahora ella está en casa. ¡Permítame dormir unas horas aquí, en su aposento! "Abrieron el odre de vino, y el espíritu ya no lo presiona¹⁷."

Parecía totalmente calmado; después se tumbó sobre el diván y se quedó dormido. A la mañana siguiente, cuando Pavlin se levantó y salió, después de lavarse en la cocina, yo aún dormía. Mi doméstico, curioso como siempre, le vio dirigirse a la iglesia.

XIV

Otros tiempos, otras costumbres. Actualmente, la menor fruslería es cosa de un tribunal militar, pero por aquel entonces, no ocurría así: en los regimientos se respetaba escrupulosamente el *honor del uniforme* que, además, ciertas medidas especiales protegían. Sólo eran juzgados los soldados, y únicamente si se veía en ello alguna necesidad; en cuanto a los nobles de más o menos alta extracción, con-

fesos de infamias tales como estafa o robo, eran con frecuencia enviados a los confines del Imperio donde quedaban ocultos para la opinión pública durante mucho tiempo, a veces incluso para siempre. Era –decían–, el precio a pagar por el honor del uniforme, y éste se cobraba tal satisfacción. Hoy se actúa de manera diferente, y yo he podido oír a militares mofarse de ese *honor del uniforme*; diciendo, por ejemplo: “el uniforme puede ser el honor o el deshonor sólo del sastre que lo ha cosido.” Por supuesto, esta opinión es completamente realista y quizá también fundada, pero no soy yo quien tiene que juzgar eso.

En la época de la que hablo, no tardaban mucho en despojar de sus prendas al que había insultado al uniforme y exiliarlo a perpetuidad.

Esa fue también la suerte de Dodichka. Yo era por entonces aún bastante fogoso, y ya a la mañana siguiente me presenté en casa de Anna Lvovna; mi tía ya estaba levantada y, sentada con cierta elegancia en un cómodo sillón, aparentando la inocencia martirizada, derramaba alguna que otra lágrima que se secaba con un pañuelo. Hablaba y se explayaba elocuentemente sobre aquellos camaradas depravados que habían comprometido al imprudente Dodia y lo habían extraviado con la complicidad de una mujer de las más execrables, joven, pero tan libertina que olvidando todas las bondades de Anna Lvovna para con ella, se había permitido la más culpable de las intimidades *con todos*...

En apoyo de esas calumnias Anna Lvovna endilgaba tales cuentos –fruto de su desbordante imaginación– sobre las relaciones “íntimas” de Liuba “con todos”, que nadie se tomaba eso en serio.

Sin embargo, Anna Lvovna daba gracias a Dios y a alguien a quien calificaba de “santo”, pues –decía–,

aunque Dodichka, atrapado en la red de la pérfida Liuba, no tenía medio de justificarse, al menos no sería llevado al banco de los acusados como un chupatintas cualquiera, se habían compadecido de él y lo enviarían a la pequeña ciudad de N., *no lejos* de los Urales.

Aseguraba que estaría bien allí, porque escribirían en su favor; ella, por su parte, le daría una cruz con reliquias y le enviaría muchos libros. Y, además, el perdón no se haría esperar y aquello le serviría de lección.

Los castigos de esa naturaleza se ejecutaban inmediatamente tras la decisión, y Anna Lvovna, que esa misma mañana dijo que él partiría no se sabía dónde, regresó por la noche entre lágrimas: desde una empalizada vio una rápida troica que se llevaba a Dodichka entre dos gendarmes, con la orden de conducir a su libertino hijo mucho más lejos de lo que ella se había imaginado por la mañana.

En ese enloquecido día, durante mis idas y venidas a casa de Anna Lvovna, no vi a Liuba ni a Pavlin, que no apareció para su trabajo y del que nadie sabía dónde estaba. Ocurrió lo mismo al día siguiente, pero la noche de ese segundo día me llegaron noticias. Supe esto: la habitación de Pavlin estaba vacía desde la víspera; sus cosas estaban diseminadas por todas partes, como tras la visita de ladrones; ni Pavlin ni su mujer estaban allí y nadie tenía la menor idea del lugar donde encontrarles.

En la confusión general nadie vio si Liuba había vuelto de prisión y si Pavlin había regresado por la noche a su casa. Yo era el único que podía atestiguar que Pavlin me había dicho que llevaría a su mujer a casa, que deseaba liberarla de su falta y velar por su alma. ¿Pero de qué servirían esas palabras? Las mismas se

prestan a distintas interpretaciones que, a veces, no están desprovistas de verosimilitud. “La llevaría a casa” -decían-, significaba que la había matado y conducido después a la morada eterna; “velar por su alma” quería significar su ingreso en una ermita, quizá Afona o Valaam, donde no exigían ni los papeles de identidad ni les importaba el estado civil de las personas¹⁸; a un hombre bueno, no lo rechazarían, encontraría allí una vida, rezaría, e incluso si ha matado a su mujer, preservaría su alma porque hay allí, constantemente, trabajos que llevar a cabo, el canto de los oficios religiosos, el ayuno que observar, una vida sin ninguna tentación hasta la muerte, y después de morir, los hermanos rezarían por él durante el tiempo en que se consume un cirio entero. Diréis, y con razón, que esas interpretaciones eran bastante plausibles y que todo el mundo estaría de acuerdo con ello. Para colmo, unas dos semanas más tarde, cerca de Ekaterinegov o en Tchekuchi, una ola arrojó a la playa el cuerpo descompuesto de una joven mujer cuyo rostro era irreconocible, pero que llevaba ropa fina y un vestido de seda negro idéntico al que vestía la suiza Liuba, la última vez que la vieron. Ciertamente, la mayoría de los vestidos de seda negra se parecen, y sospecha no es evidencia, pero como nadie, ni familiares ni amigos, se presentaron para reconocer a la joven ahogada, las gentes de la casa de Anna Lvovna y la misma generala llegaron a la conclusión de que la ahogada no podía ser otra que la desdichada Liuba, la esposa del feroz y vindicativo Raoul¹⁹, del mayordomo Pavlin Pevunov, desaparecido sin dejar huella.

Esa circunstancia no dejó de tener consecuencias: Anna Lvovna aflojó diez rublos para el ataúd y la misa de réquiem. Así, gracias a la cristiana diligen-

cia de Anna Lvovna, rogaron por el descanso del alma de Liuba, prematuramente llamada; y la policía, para tener también el alma tranquila, buscó al asesino. Pero no llegó ninguna información concierne al paradero de Pavlin. Hasta se dijo que un policía camuflado había ido a Valaam, pero allí no encontró al huído al que querían trasladar desde la isla santa a la cárcel. Entonces se suspendió la investigación. Pasaron días y días, corrió mucha agua bajo los puentes y acabaron por olvidarse de Pavlin. Y lo olvidaron de tal manera que ya nadie volvió a hablar de él, salvo en una ocasión: el día en que fue vendido en subasta lo que restaba de las pertenencias de un tal "Pevunov, desaparecido".

¿Pero a dónde habían ido, entonces, Pavlin y Liuba? Para responder a eso, tenemos que volver al momento en que los hemos perdido de vista.

De mi casa, Pavlin se fue a buscar a su mujer, sin que nadie le viese. Cuando se presentó ante Liuba, ésta fue presa de temblores. Nunca lo había visto tan calmado y fue por esa razón por lo que le pareció más terrible.

Rápidamente, él se cambió y vistió a su mujer, cogió lo necesario y abandonó con ella la casa de Anna Lvovna. Liuba no ofrecía resistencia, sólo sabía que la llevaban a alguna parte. Pavlin y Liuba encontraron a Dodichka ya en aquel primer momento. En principio, Liuba no se dejó ver y Pavlin se enfrentó a mi querido primo en la escalinata, no con la ira del marido engañado, sino con la extrema calma del cristiano resignado. Le dijo:

"Sed bueno y generoso, decidme: ¿amáis a mi mujer?"

— Sí, ¿qué quieres, pues? —respondió Dodichka, que aún no se había despojado de su superioridad de amo sobre el lacayo que tenía frente a él.

– Voy a deciros lo que quiero –respondió Pavlin humildemente–. Pero primero responded, os lo ruego: ¿aún la amáis?

– Sí, la amo, ¿pero de qué sirve eso?

– Eso basta, eso basta; ella también os ama, os ama locamente... ella misma me lo dijo.

– ¿Tú se lo has preguntado?

– Sí, señor, se lo pregunté, y ella me lo confesó todo y lloró... ¿Qué hacer? ¡Yo respondo de ella ante Dios!"

Dodichka no podía dar crédito a sus oídos ni comprendía aquellas palabras. Entonces, Pavlin hizo salir de la habitación contigua a su mujer, confusa, a quien él cogía de la mano. Dijo:

– Aquí está, señor, ¡ya no es mi mujer! Nuestro Señor Jesucristo ha consentido que el hombre repudie a la mujer que peca contra el... séptimo mandamiento²⁰. Ella me ha confesado ese pecado y, además, aquí la ve en condiciones de ser madre... de una criatura cuyo padre no soy yo...

– ¡Y bien! –exclamó Dodichka, que no sabía a dónde quería llegar.

– Por todo eso, siguiendo la ley divina la dejo partir de mi casa... Como ella os ama con un amor fiel, ¡llevadla y casaos con ella!

– ¡Estás loco! ¿Cómo podría casarme con ella? –reaccionó Dodia.

– ¿Por qué no? ¿Sería humillante para usted? Se equivoca, señor. Ni siquiera yo debería aconsejarle este casamiento, pues le conozco; ella no será feliz con usted, lo sabe, y, sin embargo, le lleva en su corazón, eso es todo... Es en un convento donde tendría que ingresar, pero aún le atrae el abismo. Entonces, así sea, pero sin pecado ni vergüenza, y para eso... ¡tiene que casarse!

— ¡Pero espera, Pavlin! —balbució Dodichka, intentando justificarse—. No sé, yo... además tú aún estás vivo...

— Sí, estoy vivo, aún estoy vivo y sabe Dios cuánto tiempo durará mi infortunio, pero no alzaré la mano contra mí, ni tampoco contra ella. Ayer lo pensé, pero..."

Ante esas palabras, Liuba lanzó un penetrante grito y se cubrió el rostro con las manos.

"¡Pues bien, ya lo ve! —dijo Pavlin con una pobre sonrisa—. Liuba no me ama, pero sufre por mí, y usted, usted no sufre por ella, y a Liuba eso no le impide amarlo... Si me amase aunque sólo fuese cien veces menos que a usted, el exilio con ella sería para mí un paraíso... ¡Pero para qué seguir hablando! De todas formas, acepte, por favor, llevársela ahora, váyase y... cátese con ella.

Estaré vigilante y... si no hace lo que digo, entonces... —se acercó a hablarle al oído a Dodia— no me empuje al pecado; le hablo ahora con tranquilidad, como cristiano. Pero si no lo hace, le mataré, le mataré sin dudarlo, le mataré en el acto allí donde esté, lo encontraré y le mataré, por ella... por la esposa... abandonada... En cualquier parte... en el templo del Señor le mataré."

Ya se debiese a la extrema firmeza de Pavlin o a la debilidad de mi primo, lo cierto es que Dodia no se atrevió a rechazar aquel matrimonio y dio su consentimiento sin rechistar. Quizá lo dio con la firme intención de no llevarlo nunca a cabo, más aún cuando guardaba alguna baza para escapar a Pavlin. Le hizo saber sencillamente que cualquier inmediato casamiento con Liuba era imposible, pues no volverían a casar a la mujer cuyo marido estaba vivo. Pavlin replicó:

“No tiene por qué preocuparse; eso es cosa mía: moriré a su debido tiempo y os casarán.

– ¿Morirás?

– Sí, moriré.”

“Morirá y al mismo tiempo quiere matarme –pensaba Dodia–. Pobre viejo. Estas gentes sencillas, ¡cómo aman a veces! Incluso me da lástima, se ha vuelto loco.”

XV

Allá arriba, se separaron. Dodia se sentía completamente liberado, sobre todo de aquella inoportuna mujer que pudo exhibir como amante, pero que en modo alguno deseaba como esposa. Su viaje transcurría bien. Como no era un criminal de derecho común y se mantenía discreción sobre sus desmanes, disponía de todo su tiempo para hacerse pasar por un oficial de la Guardia turbulento y malicioso; disfrutaba, pues, en todas partes, de la benevolencia de las autoridades, y los gendarmes de su escolta, viendo eso, le aflojaban la brida. Avanzaba blandamente, sin seguir un itinerario rápido: hacía alto en las ciudades, recibía visitas y él mismo visitaba a personas a las que había sido recomendado por las amistades de Anna Lvovna en San Petersburgo, y se las arreglaba para quedarse algún tiempo acá o allá pretextando enfermedad y fatiga. Como tenía –aunque fuese poco– sentido práctico, también supo sacar ventajas de su situación de proscrito; callando la verdadera razón de su exilio, no desempeñó mal su papel de víctima del despotismo, perseguido por

su amor a la libertad. En la Rusia eterna, esa añagaza ha sido explotada por las gentes prácticas. Dodia, que se hacía el interesante con sus desgracias en nombre de la *libertad de pensamiento*, tenía incluso algún éxito entre los hombres y se ganaba sin esfuerzo las simpatías de aquellas damas... En una palabra, ¿qué mejor suerte podíamos desear para nuestro proscrito? Ya había llevado a cabo —de esa manera— la mitad de su trayecto, cuando repentinamente, en pleno Ural, como surgido de las nieves y brumas inmemoriales, ¡Pavlin puso sus ojos en él! ¡Y qué Pavlin! ¡Terrible e imperioso, visible e invisible, activo e irreal!

Como sabéis, cuando en un relato o una novela caemos sobre un acontecimiento extraordinario, decimos: “¡Vamos! Amable autor, ¿no has abierto demasiado el grifo de tu imaginación?” Pero en la realidad, sobre todo entre nosotros, en nuestra Rusia eterna, ocurren a veces cosas mucho más extrañas que cualquier ficción, y que a menudo pasan desapercibidas. Pienso en la célebre novela *¿Qué hacer?*²¹. Cuando la leíamos entre nosotros con gran deleite y un mayor provecho todavía, me sorprendía oír cómo muchas personas se preguntaban no si era conveniente vivir en *ménage à trois* o si las costureras tendrían palacios de aluminio, sino sencillamente si era posible que un héroe —alimentado en los valores de la cultura y el humanismo— casase de nuevo a su mujer con otro hombre y que después regresase a las estancias de ella para tomar el té a tres bandas. ¿Le ocurre eso en la vida a seres de carne y hueso, y no a marionetas sin pasión ni carácter? Mi primer Pavlin llevó a cabo, en realidad, algo más curioso, si tenemos en cuenta que ese Pavlin era un hombre simple que amaba a su mujer de una manera más natural

que el héroe de esa novela, tan bien considerada en las crónicas literarias.

Dodichka llegó a una pequeña ciudad cuyo nombre no tiene importancia. Mi querido primo esperaba encontrar allí a las personas para las que llevaba cartas de recomendación. Quiriendo respirar un poco y relajarse, pretextó la enfermedad y desembarcó en el único hotel del lugar, cerca de la estación. Había enviado a un gendarme a llevar su correo, y sin perder un segundo, *a lo Khléstakov*²², comenzó a insinuarse a una mujer –que estaba en la casa de enfrente– de la que no veía bien el rostro, pues cada vez que aparecía en la ventana, fuera, en el exterior surgía un corpulento anciano –de enmarañados cabellos blancos y espesa barba, vestido con una extravagante pelliza que a Dodia le pareció de piel de reno–, que frotaba los cristales de aquella ventana con su manga. Dios mío, ¿de dónde salía aquel tipo? Dodichka pudo ver un instante al viejo que se había sentado sobre un montón de nieve ante la ventana; en principio le pareció que tenía más de chivo que de hombre, y vio como aquel espantajo saltaba repentinamente, y pasaba sus enormes manos por los cristales, como para impedirle al joven que se comiese con los ojos a la bella vecina... Y el viejo consiguió lo que se proponía: Dodia no pudo ver el rostro que le interesaba, pero le daba igual, pues la mujer le gustaba por instinto y eso bastaba para su pretensión de tener con ella una fugaz aventura, y más aún cuando aquella mujer –le parecía–, se interesaba también por él. Lo que Dodia imaginaba era lo de menos, pues la acechante vecina, desde que se fijó en él, se dejaba ver una y otra vez tras aquella ventana, sin duda con toda la intención. El único fastidio era que sus rápidas idas y venidas no le permitían a

Dodia verla bien. En cambio, eso picó su curiosidad y se sentó cerca de la ventana, decidido a no moverse de allí hasta que la pudiese contemplar realmente. Era de noche; uno de los dos gendarmes había sido encargado de llevar una carta; el otro que, según el reglamento, había quedado de guardia, se había acostado sobre una maleta y roncaba como un sordo, cansado como estaba por el largo trayecto y los vaivenes del carruaje. Dodia aún esperaba ante su ventana que su interesante *vis a vis*²³ se mostrase más claramente... El destino le echó una mano... la ventana se iluminó de pronto con la tenue luz de una vela dejada sobre una mesa; entre ésta y la ventana se vislumbró una silueta femenina, de pie. Postura soberana, pero de las más inconvenientes. ¿Qué mujer deseosa de mostrarse se mantendría sentada o de pie entre una ventana oscura y una vela que la ilumina por la espalda? Eso sólo puede significar ingenuidad absoluta o bien la acción de una coqueta ya experta que quiere provocar sus pérfidos efectos en un novicio. Pero Dodia no era un lila de provincias; él había estado en la buena escuela de las mujeres de San Petersburgo, y se consideraba, pues, como un hombre experimentado: él no encendería la luz en su pieza y a la vecina le sería imposible ver si se preocupaba o no por ella. De esa forma, si ella no era una coqueta, sino una ingenua romántica y dócil, con seguridad mordería el anzuelo; se sentirá desconcertada, acabará por enojarse y cogerá su vela... Entonces, él podrá verla. Si fuese astuta y sagaz... —como lo era en San Petersburgo aquella Liuba, por ejemplo, que al fin había dejado, alabado sea Dios, tan lejos detrás de él—, entonces mucho mejor: para castigarla por su malicia la haría esperar hasta la mañana o hasta el momento en que su

viejo chivo encanecido cerrase las contraventanas... A propósito, ¿dónde ha desaparecido, el viejo? No está allí, creemos... Cuando se habla del chivo, vemos los cuernos: apenas había evocado a ese personaje cuando creyó oír que la puerta de su habitación rechinaba, y entonces se volvió, creyendo acoger al gendarme mensajero. Ante él estaba el chivo. Calzado con botas de fieltro, había entrado sin hacer ruido; se acercó al sillón de Dodichka y se detuvo tras sus espaldas, tan cerca que cuando mi primo se volvió, se encontró cara a cara con el misterioso desconocido. Cobarde como todos los sinvergüenzas, Dodia se desconcertó por completo, y sólo pudo articular con una débil voz:

“¿Qué hace usted aquí? ¡Eh... oficial de guardia!

El gendarme dormía profundamente y no oyó su llamada.

“¡No se preocupe, señor! —dijo el visitante con un tono que nada tenía de pavoroso, pero que le dio a aquel gallina de Dodia una subida de fiebre. No se apure, vengo a verle por un pequeño asunto de parte de alguien...

— ¡Pavlin! ¿Eres tú?

— ¡Silencio! Permítame... ¿Quién es Pavlin? Usted se equivoca, yo no soy Pavlin, en absoluto; soy el burgués Spiridon Androsov, simple burgués, ¡sí, señor! Tengo los papeles conmigo... buenos papeles, oficiales, con el sello y toda mi identidad. Spiridon Androsov, artesano, viajo debido a mi ocupación y en todas partes registro mis papeles en la policía. A dónde vaya, los registro... por precaución; aquí lo efectué hace ya una semana...

— ¡Pero tú eres... tú eres Pavlin! ¿Crees que no te reconozco?

—Ni por asomo, yo soy Spiridon Androsov.

— ¿Qué quiere de mí?

— No quiero nada de usted; le traigo esta carta. Cójala.

— ¿De quién es?

— De una viuda... sí, una joven viuda... léala, por favor, y verá de qué se trata."

Un minuto antes, mi primo estaba seguro de tener ante él al verdadero Pavlin, pero después de haber oído aquellas seductoras palabras sobre la viuda y la carta, lo olvidó todo y encendió precipitadamente la vela para leer sin más tardanza el papel, que no tardó en dejar a un lado; ahora ya no le quedaba ni la menor sombra de duda: el hombre que estaba de pie ante él era Pavlin Pevunov. Sencillamente cabellos y pelos blancos habían invadido de manera desahogada la cabeza y el rostro, y se había vestido ridículamente con unas ropas asiáticas, pero todos los que le conocían hubiesen jurado que era Pavlin, en persona. Además, podía leerse claramente en su mirada que sabía que lo habían reconocido y que no podía ser de otra manera. Aquello turbó profundamente a mi primo que en esta ocasión se puso a gritar:

"Pavlin... maldito Pavlin, ¿qué quieres de mí?"

Pavlin le estrujó entonces tan fuertemente la mano que el petimetre se encogió de dolor y balbució: "¡Maldito entrometido!", y en su turbación volvió a coger el papel que antes había abandonado: era un extracto del registro parroquial de las defunciones, donde se decía que un mes y medio antes, en cierta ciudad, había muerto súbitamente y había sido enterrado Pavlin Petrov Pevunov, burgués de Tsarskoie-Selo, y que para dar fe de ello había sido expedido aquel documento, con tampón y firma,

para que sirviese a los efectos oportunos, a su viuda Liubov Andreevna Pevunova.

¡He ahí, pues, quien era esa viuda! La misma Liuba que se había encaprichado de Dodia. El golpe era brusco y rudo, y tuvo como consecuencia que Dodichka se casó con la "suiza Liuba" en el acto, sin esperar a llegar al destino de su exilio. Aceptó aquel matrimonio sin pestañear, e incluso con satisfacción. Yo no podría explicaros esta pirueta de Dodia, pero imagino que cuánto más se alejaba de su casa, más huérfano debía sentirse. Aquello despertó quizá en él algún sentimiento por la mujer que lo amaba tiernamente, además de la belleza de Liuba, lo novelesco de la situación, quizá también las perentorias amenazas de Pavlin, el aterrador miedo a que ese tipo divulgase los motivos de su exilio y que echase por tierra su posición política, en una palabra, todas esas razones, juntas o separadamente, empujaron a mi primo a dar su aquiescencia a aquellos esponsales, cuyo testigo oficial, en ausencia de familiares, fue el burgués Spiridon Androsov, que firmó en el registro de la iglesia.

No iréis a preguntarme, espero, cómo hizo Pavlin para enterrarse a sí mismo y conseguir para su viuda un acta de defunción. Entre nosotros esas cosas no son cuentos, sino historias verdaderas: en un albergue, murió un viajero; Pavlin se las arregló con quien hacía falta, cambió sus papeles de identidad por los del muerto, y se consumó el ardid. Antiguamente, en la región de Novorosisk, era moneda corriente entre los siervos huídos y no era raro encontrar personas de ciento cincuenta años de edad, según los papeles. Ivan muere a los setenta años, Piotr, de cincuenta años, se hace con sus papeles y la edad correspondiente... Pero eso es cosa de nuestros estadistas y yo prefiero proseguir, o más bien acabar mi relato.

XVI

Los jóvenes casados, confinados a residencia en una pequeña ciudad, habían caído en una inacción total. El cariño de Liuba no podía colmar durante mucho tiempo a Dodia: al joven mundano de San Petersburgo le gustaba demasiado la vida de sociedad y su ser debía saciarse de fuertes emociones. Con pocas ganas de deshacerse de tales costumbres, o bien porque careciese de fuerza para ello, fue entre la escoria de los presidiarios, vista su mezquina situación, donde encontró a "políticos" de su clase; se emborrachaba con ellos con la peor vodka, jugaba unos miserables céntimos a las cartas, hacía trampas y más trampas, recibiendo golpes, el último se lo dieron durante una reyerta, un golpe mortal de necesidad –pero no tuvo tiempo para darse cuenta–, a causa de una pequeña moneda de quince kopeks escamoteada en el tapete. Durante dos años, Liuba bebió hasta las heces el cáliz de la amargura y el dolor, pero en su profundo desamparo fue constantemente sostenida por las cartas y el dinero de Spiridón Androsov, que sin descanso velaba por ella y su salud.

Él había encontrado un puesto no lejos de allí, en la casa de un propietario de minas de oro; sus buenos y leales servicios, su templanza y sentido del orden, cualidades que no habían cambiado con su nuevo nombre, pronto le valieron estima y dinero, que él ahorraba casi enteramente para Liuba. No sé cómo ella disponía de las sumas que le enviaba su marido "honorario", pero podemos suponer que las mismas fueron a menudo bebidas y jugadas por el marido en

ejercicio, Dodichka, que definitivamente se había encanallado y hundido en la bebida. Decían que se lo exigía todo, de la forma más soez, y que a veces le pegaba... Pavlin estaba al corriente de esos hechos, como si hubiese vivido con ellos, pero nunca intentó influenciar a Liuba o aprovecharse de su desencanto para separarla de Dodia. Muy al contrario, él reconfortaba a Liuba con bellas y largas cartas, que un azar ha puesto entre mis manos; las conservo como un raro y perfecto ejemplo de la sencilla, pero profunda reflexión mística y filosófica de un hombre sin instrucción, pero inteligente, y que era dueño de su voluntad.

Esas cartas "del esclavo culpable a Liuboy, compañera de sufrimientos", tienen un poco el carácter de epístolas: habiéndolo soportado todo, habiendo pasado por todos los sufrimientos y tentaciones, su autor habla como si pudiese ayudar ahora a aquellos que son tentados. Lo más frecuente es que no le hable de cosas cotidianas, sino que le dé consejos; la anima a ser paciente, razonable, buena, absolutamente fiel y devota al marido que ha elegido.

Cuando leemos esas cartas en orden cronológico, nos sorprendemos por el arrebatado de misticismo religioso. Al principio, el autor parece compadecer la suerte de Liuba y afirma que la paciencia es una necesidad ante la impaciencia, fuente de amargura, pero poco a poco transforma ese tema y la persuade de que ella debe alegrarse por no ser feliz, y que él mismo se alegra, pero se alegra hasta tal punto que nos deja turbados: ¿no habrá sido el alma del autor presa de una maligna alegría ante las evidentes desdichas de aquella que lo había traicionado? El examen de las cartas siguientes nos muestra que su pluma obedece a un sentimiento distinto, un senti-

miento de un amor completamente especial, podemos decir celeste, y además, un amor diligente, desinteresado, pero estricto.

Pavlin le enseñó a Liuba cómo soportar el sufrimiento por el bien de los demás y para la redención de sus extravíos. Para ese fin utilizó argumentos conocidos desde hace mucho tiempo gracias a los libros de religión, pero que él expuso con una vivacidad tal y una espontaneidad tan elocuente que les confirió una vida nueva. Su única inquietud es pretender el *renacimiento espiritual* de Liuba en perdición. Como él ve ciertamente en sus respuestas que ese renacimiento es posible, adopta un tono muy paternal y llega incluso a escribirle "hija mía". La última carta implicando esa expresión está en su comienzo llena de una ternura muy original y conmovedora, que no empaña la severidad general del tono; Pavlin, que firma "Spiridon Androsof", escribe allí:

"No te aflijas: no está en nosotros, los débiles, sino en el apóstol Pablo a quien le entró en su carne un ángel de Satán; pero él lo ha vencido, y tú lo vencerás a la fuerza, pues queda poco tiempo²⁴."

Ese "poco tiempo" era una palabra profética, y Liuba la tomó por tal cuando, algunos días después de haber recibido esa carta de su primer marido muerto para el mundo, su segundo marido fue golpeado y murió ante la puerta de su casa, que, en su embriaguez, no había podido franquear. De inmediato ella puso al corriente a Pavlin, que no se hizo esperar; juntos enterraron a Dodia como convenía y... juntos desaparecieron.

¿Dónde? Nadie lo supo, pero yo voy a contaros lo que nadie sabe: más allá de Kiev, dominando el Dniepr, en un bosque profundo se encuentra una comunidad de religiosos, el "*conventículo*", así lla-

mado por su pobreza y exigüedad. Antaño mi tía Olga había sido la superiora, después también hubo allí una hermana, conocida más tarde como reverenda madre Liudmila. Ha fallecido hace algunos años, a una edad aún alejada de la vejez, *cegada por las lágrimas*. Esa venerable mujer, de corazón puro, con los ojos *consumidos por las lágrimas*, que por su respetabilidad le fueron reemplazados por dos pequeños globos de nácar encajados en las órbitas, había sido un ángel de dulzura y caridad. Aún hoy las religiosas del pobre convento y los peregrinos que lo visitan, y hasta los comerciantes judíos del burgo vecino, se entristecen y lloran al recordar su bondad y su amor misericordioso. Se sabía de ella que, viuda de un hombre bien nacido, fue llevada allí desde muy lejos, a caballo, por un personaje de aspecto rudo, uno de esos ascetas que han hecho voto de silencio, y a quien en efecto nadie oyó jamás profirir la menor palabra. Sobre la tumba de la santa mujer nada recuerda sus orígenes, sólo una cruz de roble lleva la inscripción: "Reverenda madre Ludmila, para el mundo Liubov, pecadora". La cruz fue erigida por aquel reverendo que, tras la muerte de la madre Ludmila, había venido desde su lejano y severo monasterio del que no tengo necesidad de deciros el nombre. ¿Será igualmente necesario que os precise que la religiosa no era otra que nuestra suiza Liuba, que el reverendo era Pavlin, del que ignoro su nombre religioso? Tales son los secretos y caracteres a veces enterrados tras los muros de nuestros monasterios.

— ¿Y ese monje... pues? —dijo una de las damas.

— ¿Y bien, qué?

— ¿Vive todavía?

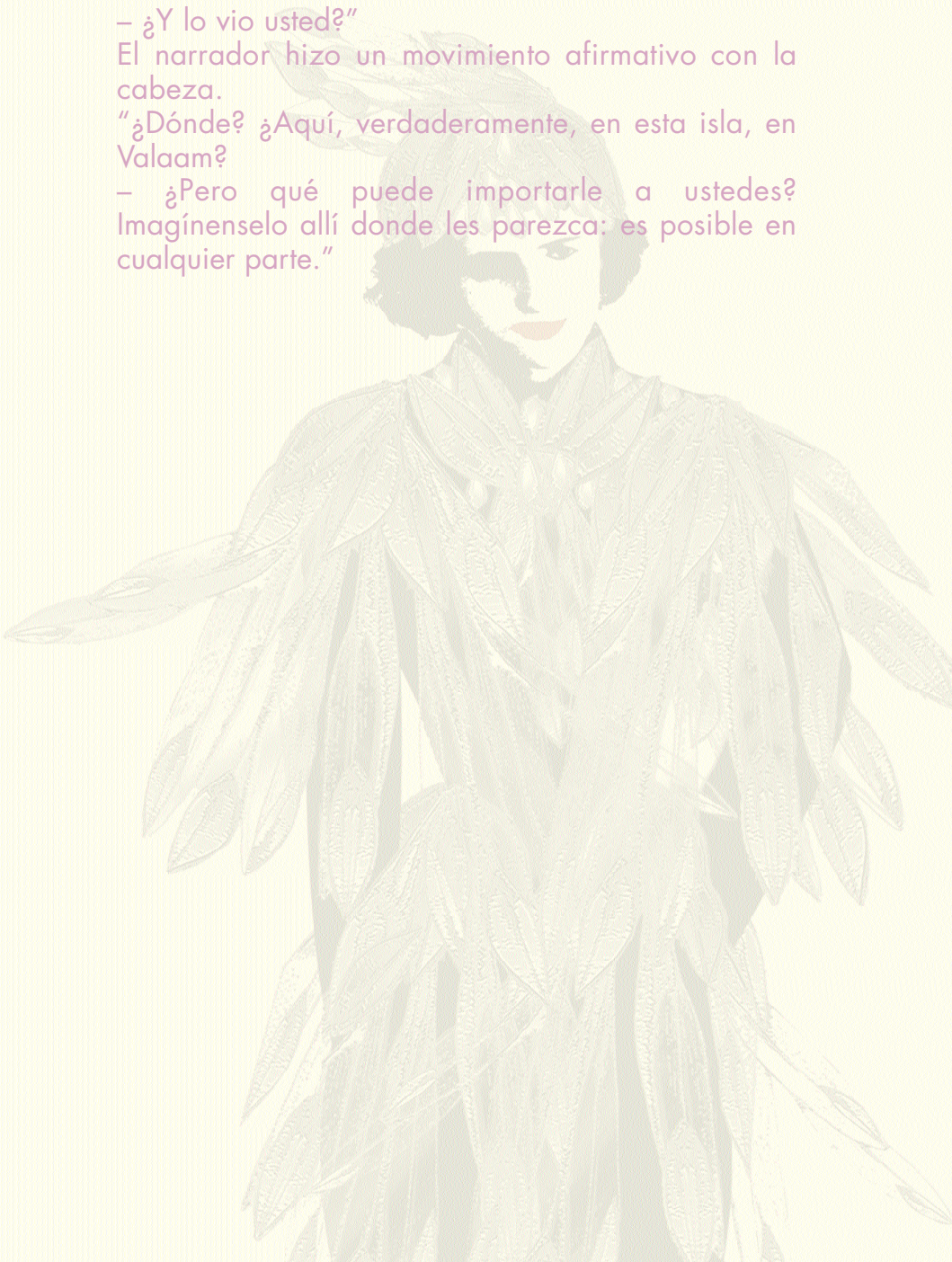
— Tal vez. El año pasado al menos, aún estaba vivo.

— ¿Y lo vio usted?”

El narrador hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

“¿Dónde? ¿Aquí, verdaderamente, en esta isla, en Valaam?”

— ¿Pero qué puede importarle a ustedes? Imagínenselo allí donde les parezca: es posible en cualquier parte.”



NOTAS

1. *Valaam*: grupo de islas del lago Ladoga, con un monasterio del siglo XIV, considerado como el equivalente del monte Athos en Grecia.
2. *Pavlin*: en ruso puede ser tanto “pavo real” como una variante del nombre Pavel.
3. *molokan*: (de “*moloko*”, la leche). Se llamaban así los miembros de una secta religiosa que negaba los misterios y el sacerdocio, los iconos y el rito ortodoxo, el poder civil y el servicio militar; los molokan no comían carne y sólo bebían leche.
4. *Maman*: en francés en el original ruso.
5. *Charles Steuben* (1788-1856), pintor francés que trabajó en Rusia. El cuadro en cuestión es *Cristo conducido al Gólgota*, que se encontraba en la catedral de San Isaac en San Petersburgo.
6. *Friedrich Fröbel* (1782-1852), pedagogo alemán que acordó a la madre un papel determinante en la educación de los hijos.
7. *Liubov*: nombre completo y oficial, reemplazado en el uso familiar por *Liuba*, *Liubochka*.
8. *Woldemar*: llamado más familiarmente “*Dodia*” o “*Dodichka*”.
9. Cita errónea de una romanza popular rusa de N. Tsyganov, musicada por A. Varlamov.
10. Mundanas que frecuentaban los restaurantes situados en la avenida de la Marina.
11. En los años 1840.
12. *Lucas*, XVI, 8.
13. *Samuel*, Segundo libro, XII, 1-4.
14. Criado de Khlestakov en *El Revisor*.
15. Se trata de una tela de Jan Van Eyck.
16. *Job*, XXXII, 18-20.
17. *Idem*.

18. El celibato era obligatorio para los monjes ortodoxos, en tanto que el clero secular podía casarse.

19. Se trata del héroe de la epopeya medieval francesa *Raoul de Cambrai*.

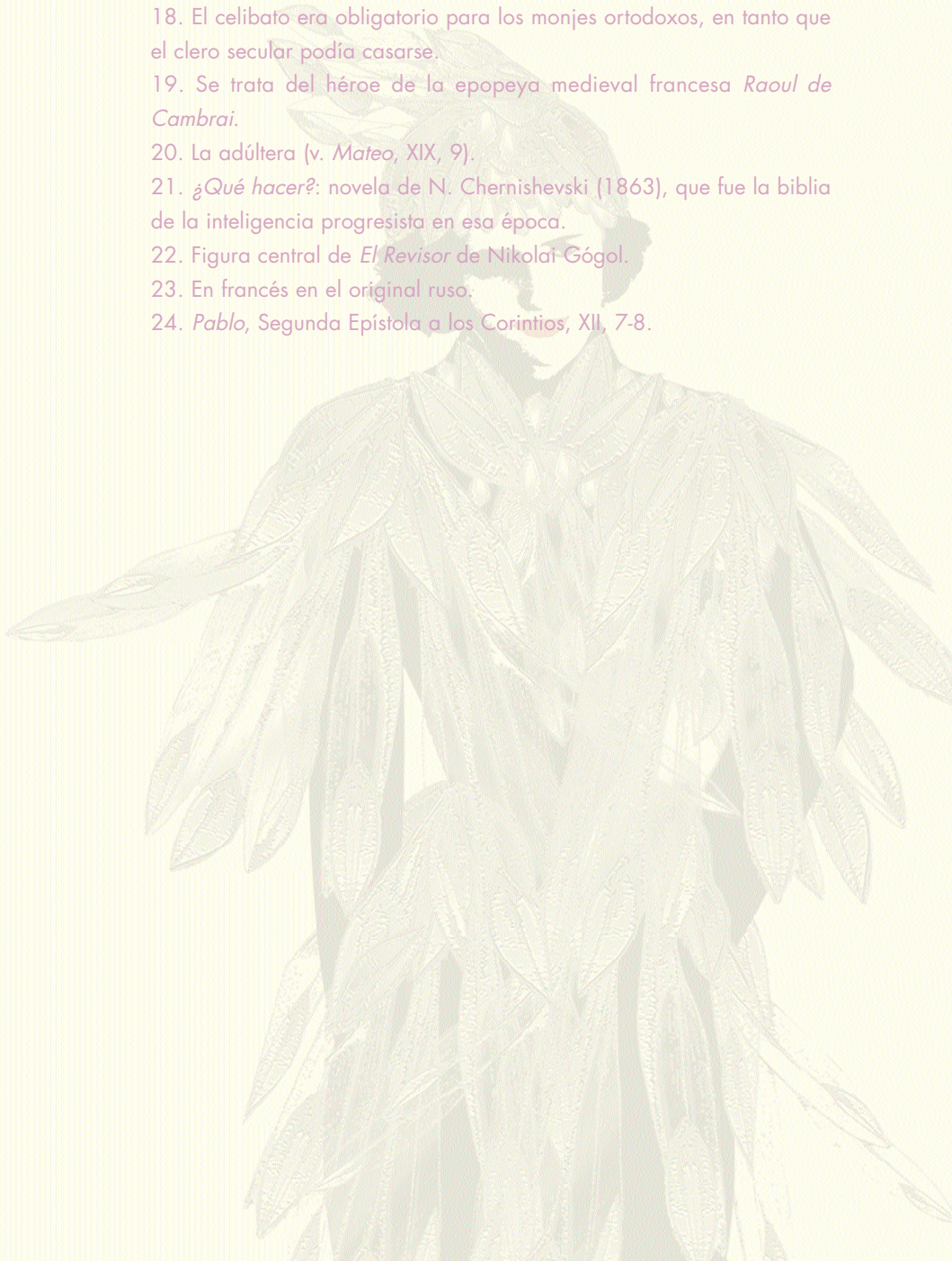
20. La adúltera (v. Mateo, XIX, 9).

21. ¿*Qué hacer?*: novela de N. Chernishevski (1863), que fue la biblia de la inteligencia progresista en esa época.

22. Figura central de *El Revisor* de Nikolai Gógol.

23. En francés en el original ruso.

24. *Pablo*, Segunda Epístola a los Corintios, XII, 7-8.





San Petersburgo, mediados del siglo XIX. Una rica viuda vive del alquiler de sus pisos, actividad de la que se encarga y rige con mano de hierro Pavlín (El pavo real), el siervo reconvertido en mayordomo. No hay piedad con los malos pagadores; la pequeña Liuba, su madre y su abuela se encuentran en la calle. Y Pavlín, el hombre a quien se creía sin corazón, recoge a la pequeña huérfana para protegerla y educarla. Los años pasan, y Liuba se enamora de un joven que la trata mal...

Publicada en 1874, esta novela corta se inscribe en el ciclo de Los Justos, con el que Leskov se une a muchos otros escritores rusos en su búsqueda de caracteres cuyo heroísmo personal denuncie la máquina trituradora del orden reinante.

*

Nikolái Semionóvich Leskov (1831-1895), despreciado por los progresistas, rechazado por los conservadores, y del que Tolstói dirá a su muerte: "El tiempo de Leskov aún no ha llegado. Leskov es un escritor del futuro."

ISBN 10: 84-934956-5-4

ISBN 13: 978-84-934956-5-7